

La Ilustración Artística

HÉMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Año XIV

BARCELONA 28 DE ENERO DE 1895

Núm. 683

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. - *Sainetes matritenses. ¡Un Murillo auténtico!*, por A. Danvila Jaldero, artículo ilustrado con el grabado que lleva el mismo título. - *Curiosidades teatrales. El cuarto de Julián (1842-46)*, por Luis Mariano de Larra. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La escultura moderna en Inglaterra (1883 á 1887)*, por Edmundo Gosse. - **Nuestros grabados.** - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Villa Mascota. Nuevo distribuidor automático.* - *Montañas cantantes.* - *El segundo Sa-*

lón del Cielo. Exposición francesa internacional de velocipedía, por L. Baudry de Saunier.

Grabados. - *Sainetes matritenses. ¡Un Murillo auténtico!*, dibujo de Méndez Bringas. - *La edad feliz*, cuadro de Noé Bordignon. - *Náufragos*, escultura de R. Stigell. - *Sócrates en la Agora*, alto relieve de Harry Bates. - *Linos*, estatua de C. Onslow Ford. - *El segador*, estatua de Hamo Thornycroft. Estos tres últimos grabados corresponden al artículo *La escultura moderna en Inglaterra.* - *El teatro de polichinelas*,

cuadro de Eugenio de Blaas, grabado por Bong. - *Félix Faure*, presidente de la República Francesa. - *D. Guillermo Estrada y Villaverde*, catedrático de la universidad de Oviedo. - *Villa Mascota*, nuevo distribuidor automático, instalado en Barcelona por D. José Bataglia. - Fig. 1. *Bicicleta torre Eiffel.* - Fig. 2. *Triciclo impresor de anuncios.* - *Ejecución de un jefe árabe en Melinda* (posiciones inglesas del Este de Africa), dibujo de C. J. Staniland, tomado de un croquis del natural del teniente C. B. Kiddle.



SAINETES MATRITENSES

¡Un Murillo auténtico!, dibujo de Méndez Bringas

SAINETES MATRITENSES

¡UN MURILLO AUTÉNTICO!

Buhardilla trastera del palacio del Excmo. Sr. barón del Baratillo, abundantemente provista de esteras viejas, muebles desportillados y trastos inclasificables.

I

ALEJO, criado de galoneada librea, y el TIJERAS, conspicuo individuo del gremio de traperos.

TIJERAS. — Ya te he dicho que no *pue* ser. Las esteras mayormente más pronto son una *calamidaz* que una *convenencia* con el calor que está *hiciendo*. Hay muy poca gente que estere la casa en agosto, y *aluego* están muy *acabás*...

ALEJO. — Es que si fueran nuevas ya se las hubiera *apandao* este cura.

TIJERAS. — ¡Ni que decir tiene! En fin, que no doy más de las quince pesetas por *too*.

ALEJO. — Pues mira la cama de hierro...

TIJERAS. — ¿Qué vas á decir de la cama? Es de las antiguas de libro, *tie* rota una pata y una barra *empalmá*, y allá en las Delicias *pa convertirla* en cama inglesa no te dan más de catorce *riales*, porque está todo muy *especuluo*, amigo, y *pa* ganarte cincuenta céntimos has de echar los hígados. ¡Así los echara el ayuntamiento, mayormente que nos tiene á los artistas en las más últimas de las miserias!

ALEJO. — Pero oye, estos otros muebles...

TIJERAS. — ¡Adiós mueblista! A *cualsiquier* cosa llamáis muebles. ¡Que te calles, chico! A real la arroba *pa estillas* á los carboneros.

ALEJO. — El caso es que el señor barón me ha dado todos estos *trebejos* para mí y me hacen falta cuatro duros.

TIJERAS. — Pues, hijo, ni yo ni *denguno* del gremio te los da. Mira si por esas otras buhardillas hay algo más.

ALEJO. — Voy á ver. (*Sale y vuelve á los pocos instantes con un cuadro, sin guarnición, roto, empolvado y lleno de telarañas. Tijeras coge un trapajo del suelo y le atiza cuatro lapos.*)

ALEJO. — Esto debe ser muy antiguo y cosa buena.

TIJERAS. — (*Con aire doctoral.*) ¡Que te calles, hombre! Justamente has *tropezao* con uno que *tie* fama en toda la Ribera de Curtidores *pa* las cosas de arte.

ALEJO. — ¿Y qué representa?

TIJERAS. — Pues esto debe ser el *Hambre de Madriz á Los Misterios de la Inquisición*, porque aquí hay un sayón con un cuchillo y otro *espantao* con un pan en la mano. ¡Lástima de *abujero* que *tie* en la cabeza! Lo cual que le quita la mar de valor, porque *ties* que echarle media cabeza nueva, y luego *mia* que costras le saltan.

ALEJO. — Como que ha estado sirviendo para tapar una ventana.

TIJERAS. — Pues tú dirás lo que quieres.

ALEJO. — Cincuenta reales.

TIJERAS. — ¡Ay qué gracia! Pues si en casa el *Maori* los *ties* más grandes que este, con más *seguras* que éste y más relucientes que un coche, con marco *dorao* y *too*, por cien *riales*, á escoger, lo mismo de mitología *sagrá* que de tauromaquia terrestre. Y *tie* más de mil.

ALEJO. — Bueno, hombre, pues da lo que quieras.

TIJERAS. — *Pa* llevármelo en seguida te daré siete pesetas, y *cuñao* que el restaurador lo menos me echa otras tantas por ponerlo decente, porque esto es una faena *delicá* que no entienden *toos*, y *aluego* hay que buscarle una *moldureja*, que si á mal no viene te cuesta un par de duros, y algo he de ganar yo.

ALEJO. — ¡Ya estáis buenos *guajas*!

TIJERAS. — ¡*Mia* que tú también estás un pez!..

ALEJO. — En fin, para lo que á mí me cuesta..., vengán esas veintidós pesetas.

TIJERAS. — Toma siete pesetas del cuadro y tres duros de lo demás. ¿Es eso, barbián?

ALEJO. — Cabal.

TIJERAS. — Y *salú* *pa* gastar eso y mucho más. Voy á buscar un amigo que me ayude á llevarme *toos* estos tesoros.

El puesto del *Tijeras* en las Américas del Rastro de Madrid.

II

El TIJERAS, rodeado de sus innumerables cachivaches, aparece en actitud de leer un periódico. Aproximase D. EZEQUIEL, vejete de cara maliciosa y largo sobretodo gris.

D. EZEQUIEL. — (*Aparte.*) Veamos si este trapacista ha pescado algo por la villa y corte que pueda ser útil para mi industria.

TIJERAS. — ¡Hola, D. *Cequiel*! ¡Cuántos días sin verle! Ya decía yo *gse* habrá muerto D. *Cequiel*!

D. EZEQUIEL. — Todavía no, querido, ni pienso por ahora. He estado fuera de Madrid.

TIJERAS. — Buscando antiguallas y chirimbolos, ¿eh?

D. EZEQUIEL. — ¡Qué se ha de hacer..., la pícara afición!..

TIJERAS. — Y hace usted *mu* ricamente si le da por ahí y *tie* posibles. Si le hubiera á usted *dao* por la *bebía*, pues igual sería; que es lo que yo le digo á la Indalecia cuando dice si me he *tomao* unas *tintas* de más con los amigos, digo *Toas las presonas tien sus distraciones*. ¡Y creo que digo algo! ¿*Verdaz* usted, D. *Cequiel*?

D. EZEQUIEL. — Sí, hombre, habla usted como un libro... en rústica.

TIJERAS. — ¡Ni que decir tiene!..

D. EZEQUIEL. — Lo que estoy mirando es que hoy no hay por aquí nada que me haga avío.

TIJERAS. — ¡Anda, y tengo una *breporción* que ni *pintá* *pa* usted!

D. EZEQUIEL. — No veo...

TIJERAS. — ¡Pues es *menúo* el *gachó*! ¿No lo ve usted ahí detrás de la cómoda verde esa? Lo que es que lo tapan las esteras. Ahora lo sacaré. (*Separa las esteras y presenta á D. Ezequiel el cuadro que figuró en la primera escena.*) ¿Qué tal? ¡Vaya una pieza!

D. EZEQUIEL. — (*Restriega con un pañuelo de hierbas las cabezas de los personajes pintados y las humedece con saliva.*) Esto es un mamarracho, y además está roto y hecho un asco.

TIJERAS. — Porque con esto de las *eleziones* he *andao ocupao* en sacar concejal á D. Federico..., ya lo conoce usted, y no he *podío* meterle mano á la restauración; que *sinós*, estaría más bonito que el *Pasmo de la Cecilia*.

D. EZEQUIEL. — Más vale así. (*Aparte.*) Como obra de arte no vale gran cosa, pero tiene cierto aire engañoso. *Murillea* algo.

TIJERAS. — Lléveselo usted y no se lo pondré caro. A ver si me estreno, hombre, que aún no se *acercao* hoy por el puesto alma viviente. Estamos los industriales más *perdíos* que las ratas.

D. EZEQUIEL. — ¿Y cuánto quiere usted?

TIJERAS. — Me *paeece* que cien pesetas...

D. EZEQUIEL. — ¡Atiza! Me parece, amigo *Tijeras*, que usted no está hoy bueno de la cabeza.

TIJERAS. — *Ofrezga* usted, aunque sea un ochavo.

D. EZEQUIEL. — En primer lugar que me importa tres pepinos el llevarlo ó dejarlo, y en segundo que soy perro viejo y sé cada cosa lo que vale. ¿Quiere usted setenta reales?

TIJERAS. — ¡Pero D. *Cequiel*..., ni que lo hubiera *robao* en una carretera! Me cuesta á mí diez duros, ahí donde usted lo ve.

D. EZEQUIEL. — Ni cuatro.

TIJERAS. — Tampoco.

D. EZEQUIEL. — Lo más que usted ha dado por este estafermo son treinta reales. ¡Si nos conocemos, hombre!

TIJERAS. — ¡El demonio que pueda con usted!

D. EZEQUIEL. — El que ha sido cocinero antes que fraile... En fin, si te convienen los tres duros y medio, lo llevas luego á casa y añadiré para unas *tintas*. Y si no, con Dios.

TIJERAS. — No se hable más. Y qué, ¿no se lleva usted otra cosita?

D. EZEQUIEL. — Por hoy no.

TIJERAS. — Pues que *haiga salú*, D. *Cequiel*, y ya sabe usted que se le aprecia.

Sala del palacio del barón del Baratillo, decorada con tapices, vargueños, tablas góticas, cuadros bastante mediocres y muebles antiguos.

III

EL BARÓN, caballero anciano con largas melenas de estilo romántico, vestido con bata y gorro, sentado en vetusto sillón de cuero entre D. EZEQUIEL y D. JUAN, personaje petulante de raída levita. Los tres contemplan con atención el cuadro en cuestión, forrado, restaurado, barnizado y con flamante moldura alemana barata.

D. EZEQUIEL. — A ustedes puede decirseles en confianza. Este *San Pablo* y *San Antonio en el desierto* procede de una comunidad de religiosas de Castilla la Vieja que se hallan en un apuro, y así, á la sordina, tratan de deshacerse de él. Yo me he encargado de adecentarlo y ver si se encuentra una persona de buen gusto y verdadera inteligencia artística, como el señor barón, que se quede con él. Las monjas no saben el verdadero mérito del lienzo, y con mil quinientas pesetas se contentarían. Ya ven ustedes que

un Murillo auténtico, porque no cabe duda de que es una obra del inmortal pintor sevillano, no se encuentra tan fácilmente. ¡Digan ustedes que esto pudiera exhibirse y anunciarse, y se sacarían algunos miles de duros!

EL BARÓN. — ¿Y usted, qué dice, D. Juan?

D. EZEQUIEL. — No sabe usted lo que celebro que se asesore usted de D. Juan, persona competéntísima, crítico de grandes vuelos, ante quien hay que quitarse el sombrero y de quien espero el grandísimo favor de que me clasifique una colección de cuadros que trato de adquirir. Por supuesto, retribuyéndole su trabajo como se merece.

D. JUAN. — Exagera usted, amigo mío. No soy más que un modesto aficionado; pero... si usted se contenta estoy á su disposición para esas tareas profesionales.

D. EZEQUIEL. — ¡Nada, nada, lo dicho; no quito ni una letra! Volviendo al cuadro, les advertiré que en la moldura vieja, por detrás, he descubierto casi borrado un rotulito con letra del siglo XVII que dice: *B. E. Murillo pinxit.*

D. JUAN. — ¡Hola, hola! Pues es un dato apreciableísimo.

EL BARÓN. — Yo tengo una idea de haber visto algún cuadro semejante á éste en alguna parte... Me parece que fué en la *National Gallery* de Londres, y allí no lo atribuían á Murillo.

D. EZEQUIEL. — Eso sería alguna variante hecha por un discípulo.

D. JUAN. — A mi entender, tenemos delante un Murillo, hecho y derecho; el aire místico de los personajes, la fealdad de las fisonomías genuinamente españolas, la disposición de los paños severos y rígidos, el color sombrío, la factura fluctuante, todo denuncia al autor de las Concepciones; y si bien los extremos dejan algo que desear, consiste en que el cuadro está pintado todo él en estilo *cálido* y los pies y las manos en estilo *vaporoso*, cosa muy frecuente en las obras de nuestro pintor, como he hecho notar en el discurso de apertura de la Academia de Bellas Artes de la ilustrísima república de Andorra, á la que me honro en pertenecer.

D. EZEQUIEL. — ¡Es usted un pozo de ciencia!

D. JUAN. — Algo ha estudiado uno... Pero volviendo á nuestro cuadro, opino, señor barón, que debe usted enriquecer su ya rica pinacoteca con esta joya, evitando que salga de España para figurar como tantos otros en los museos extranjeros, formados exclusivamente de lienzos procedentes de nuestra abandonada é ignorante patria. He dicho.

D. EZEQUIEL. — Y dice usted muy bien; porque el señor barón, que es un patricio insigne, honra y gloria del título que lleva, Mecenas protector del arte, estoy segurísimo de que adquirirá este Murillo, y entonces su casa será la Meca de los amantes del arte, así nacionales como extranjeros, á cuyo fin yo me encargo de dar la noticia en la prensa de Madrid y Barcelona.

D. JUAN. — Yo por mi parte haré varios artículos descriptivos y críticos para las innumerables publicaciones americanas, asiáticas y oceánicas que me cuentan en el número de sus colaboradores asiduos.

EL BARÓN. — Pues nada, amigo Ezequiel, déme usted el cuadro en mil pesetas, y no hablemos más. Haré este nuevo sacrificio por el arte nacional.

D. EZEQUIEL. — Pero, señor barón, ¡un Murillo mil pesetas! Es imposible; ¡si es dado de limosna en seis mil reales!

D. JUAN. — Transijamos, y quede en mil doscientas cincuenta pesetas.

EL BARÓN. — Sí, está bien. Porque hay que sustituir esa moldura por otra más rica en armonía con la importancia de la obra, tal vez ponerle un buen cristal.

D. JUAN. — Todo se lo merece el santo.

D. EZEQUIEL. — Acepto, pero con la condición de que no descubran ustedes á nadie la procedencia del cuadro. Se vende sin licencia del señor obispo, y si se supiera podría traernos algún contratiempo.

D. JUAN. — (*Aparte al barón.*) ¡Qué ganga!

D. EZEQUIEL. — (*Aparte.*) ¡Qué majaderos!

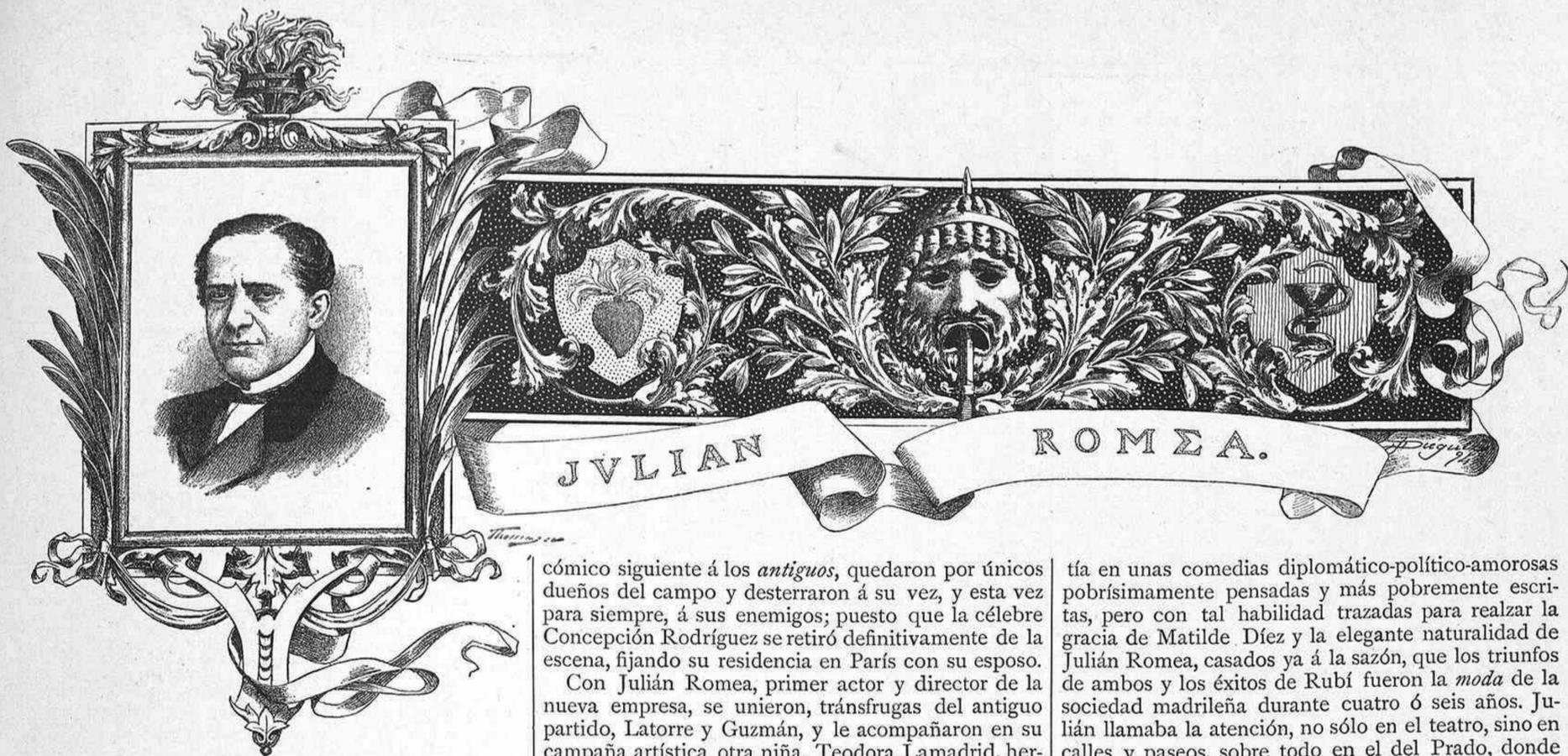
EL BARÓN. — Descuide usted; nada se traslucirá. Pasemos á mi despacho y extenderé á usted un cheque contra el Banco. (*Salen.*)

IV

ALEJO entra con un plumero en la mano y se queda absorto ante el cuadro.

ALEJO. — ¡Conque tú eres un Murillo que vale cinco mil reales!.. ¡Te conozco, ah traperero maldito, me has robado miserablemente!..

A. DANVILA JALDERO



CURIOSIDADES TEATRALES (1)

EL CUARTO DE JULIÁN

(1842-1846)

Puede decirse que aquella lucha sorda y oculta, empeñada entre la tradición y la innovación, había concluido. La guerra de bastidores, menos pública entonces que en los tiempos modernos, merced á lo reducida que era la prensa periódica y al interés más capital de los acontecimientos políticos, había durado diez años.

La tragedia, resto de la literatura afrancesada, que tuvo por sublimes intérpretes á la Rita Luna é Isidoro Máiquez; el drama romántico, que invadió la española escena con ímpetu de torrente avasallador y en el que alcanzaron glorioso renombre la Concepción Rodríguez, la Bárbara Lamadrid, Caprara, Mate y D. Carlos Latorre; las comedias del teatro antiguo, que de cuando en cuando servían de intermedio tranquilo, á pesar de sus casi siempre desdichadas refundiciones, á aquellos géneros terroríficos, desempeñadas con notable acierto por la Antera Baus, Rafael Pérez y Antonio Guzmán, todas habían terminado su brillante existencia, repartiéndose coronas, laureles y aplausos en las dos únicas escenas del Príncipe y la Cruz.

Los últimos años de las *Empresas unidas* para explotar ambos coliseos, unas veces con el concurso del ayuntamiento de Madrid, propietario de los dos teatros, otras con la unión de los primeros actores, y alguna otra contando con el capital de algún aficionado (2), habían sido desastrosos en rendimientos pecuniarios. Los éxitos extraordinarios del *Trovador*, de García Gutiérrez, y de la *Pata de cabra*, traducción de *Le pied de mouton*, de D. Juan Grimaldi, no habían sido suficientes para sufragar los crecidos gastos de las dos compañías que alternaban en ambos coliseos y en las cuales se habían desarrollado los gérmenes de la insubordinación y de la reforma.

Los dos partidos dramáticos habían deslindado sus respectivos campos de acción, y la batalla era reñida y mortífera, ante el público primero y entre bastidores después. Julián Romea, que se había dado á conocer en una piececita traducida del francés, titulada *El Testamento*, y que el año 1835 había desempeñado el difícil papel de Antony en el drama de Alejandro Dumas del mismo título, era el jefe del nuevo partido, y contaba como auxiliares con la joven, casi niña, Matilde Díez, que había venido de Sevilla para desempeñar la *Huérfana de Bruselas*, traducción de Grimaldi, con su propio hermano Florencio, discípulo del Conservatorio de María Cristina, y con otros jóvenes entusiastas, ansiosos de ganar aplausos en la modificación teatral que se iniciaba. D. Juan Grimaldi, director de escena inteligente y esposo de la célebre Concepción Rodríguez, era el jefe del partido antiguo, como entonces se le llamaba, y de tal modo había luchado, que consiguió derrotar á los de la nueva escuela, alejándolos de los teatros de Madrid en la temporada cómica de 1839.

Volvieron los desterrados con nuevos bríos á la corte, y derrotando á su vez en la temporada del año

(1) Obra inédita que comprende la historia del teatro en España durante medio siglo, 1830-1880.

(2) La empresa *Faboga*, por ejemplo.

cómico siguiente á los *antiguos*, quedaron por únicos dueños del campo y desterraron á su vez, y esta vez para siempre, á sus enemigos; puesto que la célebre Concepción Rodríguez se retiró definitivamente de la escena, fijando su residencia en París con su esposo.

Con Julián Romea, primer actor y director de la nueva empresa, se unieron, trásfrugas del antiguo partido, Latorre y Guzmán, y le acompañaron en su campaña artística otra niña, Teodora Lamadrid, hermana de Bárbara, y Mariano Fernández, un segundo gracioso que había de compartir con Guzmán los triunfos de los papeles cómicos. Justo es decir que al lado de artistas de tal mérito se agrupaban una docena de nulidades que habían de acompañar á Julián Romea en su largo reinado, y cuyos nombres, por haber pasado tan inadvertidos como sus méritos, no hay para qué recordar.

Cierto que en los últimos años de aquella guerra teatral habían trabajado en los teatros de Madrid por cortas temporadas y ya afiliados al uno ó al otro bando, aunque siempre engrosando el capitaneado por Grimaldi, el joven José Valero y el cómico Juan Lombía, logrando hacerse aplaudir, sobre todo en el género cómico; pero los dos y algunos otros de menos importancia habían tenido que refugiarse en provincias, donde más á sus anchas y siendo casi siempre empresarios y directores de compañías lograban á la par honra y provecho.

Romea triunfaba en toda la línea, y no contribuía poco á su elevación y engrandecimiento, además de su mérito indiscutible, el giro nuevo que la literatura dramática tomaba en aquel instante.

García Gutiérrez con el *Trovador*, Hartzenbusch con los *Amantes de Teruel*, el duque de Rivas con el *Don Alvaro* habían iniciado el género romántico; pero tras de esas obras se habían representado á granel y sin descanso todos los dramas de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas y de Casimiro Delavigne: mezcláronse con éstos todos los melodramas de Bouchardy, y la escena española fué durante ocho años una interminable exposición de crímenes y horrores, dignos de figurar en la *Galería de espectros y sombras ensangrentadas*, que se publicaba en Madrid por aquella época. Huyó espantada la musa clásica de tan sangrienta epidemia, pero también se hastió el público de sufrir tan terribles y continuas emociones, y comenzó á pedir, sin darse cuenta de ello, alimentos escénicos más tranquilos y menos conmovedores.

La guerra civil que durante siete años había ensangrentado todos los pueblos de España, proporcionando á diario dramas verdaderos, iba á dejar su espada destructora en manos de los representantes del país, y el sistema constitucional librería en sus cámaras la batalla terrible y aún no concluida á fines del siglo XIX entre el absolutismo y la libertad. Pero en aquel momento la tregua existía, y de ella se aprovechaba la musa cómica y juguetona de Bretón de los Herreros, y la habilidad de Ventura de la Vega, que trasplantaba á la escena española casi todas las producciones dramáticas del ingenioso Scribe. En ambos géneros brillaban sin rivales Julián y Matilde, como ya los llamaba Madrid entero. No podían bastar aquellos dos autores para abastecer el teatro del género predilecto del público; y aunque todavía quedaban poetas rezagados que de cuando en cuando le ofrecían algún drama romántico, para cuyo desempeño figuraban en las compañías del Príncipe y la Cruz Latorre, Bárbara, y Mate; y aunque algunos traductores, recogiendo lo que Vega no escogía, traducían á Bayard, Melesville y otros célebres vaudevillistas, el público echaba de menos algo nuevo que presentía y que halagara sus aspiraciones del momento.

Un nuevo autor, D. Tomás Rodríguez Rubí, le satisfizo por completo. Aportaba al teatro un género que ya en 1850 se calificó de *anodino*, y que consis-

tía en unas comedias diplomático-político-amorosas pobrísimamente pensadas y más pobremente escritas, pero con tal habilidad trazadas para realzar la gracia de Matilde Díez y la elegante naturalidad de Julián Romea, casados ya á la sazón, que los triunfos de ambos y los éxitos de Rubí fueron la *moda* de la sociedad madrileña durante cuatro ó seis años. Julián llamaba la atención, no sólo en el teatro, sino en calles y paseos, sobre todo en el del Prado, donde solía presentarse montado en un brioso caballo toro, regalo de un grande de España muy amigo suyo, y Matilde se veía copiada en sus trajes, en sus movimientos y hasta en sus lacrimosas inflexiones de voz por damas y señoritas de la más alta aristocracia.

En ocasión del *alboroto* que causó en la interpretación de un nuevo drama del autor favorito, circuló por Madrid la siguiente quintilla, muestra patente de la literatura teatral de moda:

«La Bandera negra vi,
y lleno de asombro al verla,
¡oh Matilde!, comprendí
cuánto realza una perla
las bellezas de un Rubí.»

Las obras de Rubí y su interpretación merecen capítulo aparte, y lo tienen en las *Curiosidades teatrales*: aquí sólo nos referimos á ellas en cuanto tienen relación con la popularidad de Julián y Matilde. Llegó ésta á tal extremo, que en la primera Exposición pública de pinturas, celebrada en los salones de la Academia de San Fernando, figuró un cuadro de gran tamaño, original de D. Antonio María Esquivel (que con Federico Madrazo y D. Jenaro Pérez Villamil compartían el cetro de la pintura en la corte), en que Matilde y Julián, retratados de cuerpo entero y con trajes de época, bajaban por una escalera monumental, sirviendo de paje á la dama su propio hijo Alfredo, de siete años de edad á la sazón. La multitud se apiñaba compacta ante el retrato de sus ídolos, y el *cuarto de Julián* en el obscuro y miserable vestuario del teatro del Príncipe era el sitio de cita de cuantos hombres brillaban entonces en Madrid en artes, literatura, armas, política, riqueza y nacimiento.

Allí D. Luis González Bravo (el célebre *Ibrahim Claret* entonces) concertaba sus bodas con una hermana de Julián; allí D. Cándido Nocedal, el ministro de 1856 y jefe después del partido tradicionalista, ofrecía su mano de esposo á otra hermana del célebre actor, y allí aprendían á pronunciar discursos y á declamarlos después en la tribuna forense ó política los oradores López, Olózaga, Escosura, Cortina, Nocedal y González Bravo. La educación esmerada que Julián había recibido, sus conocimientos en Literatura y en Historia, su inspiración como poeta, pues también corrían de mano en mano sus poesías, y la perfección con que hablaba el francés y traducía el italiano, eran cosas entonces tan impropias de un *cómico*, que le elevaban cien codos sobre el nivel de todos sus *antiguos compañeros*, y entonces sólo discípulos y servidores.

En aquel *cuarto* se resolvió más de una crisis política, se inició más de un pronunciamiento, se redactó más de un decreto; y como prueba fehaciente vamos á publicar á continuación una carta, que se escribió y firmó en una noche de septiembre de 1842, dirigida á uno de los más asiduos tertulios del *cuarto de Julián*, á la sazón en Barcelona.

Era éste D. Juan Prim, conde de Reus, que con su valor y arrojo acostumbrado acababa de triunfar de los *Ayacuchos* en Cataluña y obtenido por aquel hecho de armas la faja de general y la gran cruz de San Fernando. Omitiremos los versos y firmas de un sinnúmero de personajes hoy desconocidos, y nos limitaremos á insertar, por lo que tienen de raros y curiosos, los pensamientos poéticos de los más célebres contertulios.

Empieza, como es natural, la carta por el dueño de la casa, en la forma siguiente:

Hoy á 30 de septiembre, en la villa de Madrid, en el teatro del Príncipe y en mi cuarto de vestir.

A ti, valiente D. Juan, á ti, bizarro adalid, cuya victoriosa espada hace á la canalla huir, su voz cariñosa envía mi corazón desde aquí; porque tus glorias, Juan mío, son mil glorias para mí.

Por tu denuedo increíble, el gran pabellón del Cid, limpio y glorioso tremola de Barcelona á Molins.

A todos los hombres buenos tu nombre oírás bendecir, que Dios por tu brazo salva á la reina y al país.

La patria te da una faja y una gran cruz... Bueno así: bien merecen tus hazañas ese premio y otros mil.

Yo nada tengo que darte, mas ya vendrás á Madrid y sentirás contra el tuyo este corazón latir.

Y entonces verás, Juan mío, lo que ya tú sabes, si; que como *Julián Romea* ninguno quiere á Juan Prim.

Sigue derrotando ¡oh Juan! á esa briballa infeliz, que no es la que tú contabas dentro de este camarín.

Si resiste todavía el castillo de Hostalrich, dale un par de puntapiés con entrambos borceguis, y quede como quedó, por Mina, Castellfollit; y del laurel coronado que ganas en buena lid, vuelve al hispano Congreso donde tu voz varonil por la justicia y la ley se haga cual siempre sentir, y al seno de tus amigos que no se encuentran sin ti.

Y por no cansarte más pongo á mi romance fin.

Fecha ut retró. Yo *Manuel Bretón y Herreros*, tu muy amigo y admirador..... etcétera..... ¡Viva Prim!

Ahora entro yo, un compañero, González Bravo, Luis, que también te felicita por tu denuedo viril,

y desque te conoció siempre juzgó bien de ti.

España entera te admira, y á tu esfuerzo juvenil doblan esos badulaques su revoltosa cerviz.

Verdad es que noble sangre llegó la tierra á teñir; mas... ¿qué importa si tus glorias el victorioso clarín difunde por todas partes, y con dulce sonreír mira en tus hechos, la patria, de su fortuna el abril?

Si nuestro hermano Lorenzo (1) cayó valiente, y morir no temió en rudo combate al golpe de plomo vil, ábrele en cambio sus brazos venturoso el porvenir.

En fin, bizarro D. Juan, bizarro D. Juan, en fin, el hecho es que tus hazañas me tienen fuera de mí, y la muerte de Lorenzo, que ha consistido en un tris el que no se verifique, me ha obligado á revenir del sosiego en que me hallaba antes de lo que creí.

Otra vez estoy de vuelta; ya me tienes en Madrid. Dale un abrazo á Lorenzo y cuando entréis en Monjuich acordaos que en la corte, entre admiradores mil, descuella el que es vuestro hermano, *González Bravo, Luis*.

Otro al punto viene, en nombre de la gente ex cangrejil, á darte mil parabienes, victorioso paladín.

Sigue firme, pega duro, que Serrano desde aquí te ayuda cual buen hermano á darle á tanto malsín pan de perro, y será pronto esa gente baladí alfombra para tus plantas, para tus ancas cojín.

Tus hazañas, yo entretanto al Papa le he de escribir; que otra cosa hacer no puedo, y lo siento, mi buen Prim.

Con esto, amigo del alma, pone fin á su decir *Patricio de la Escosura*, el del convite en París.

(1) D. Lorenzo Miláns del Bosch, amigo inseparable de Prim, que se casó después con la Tossi, célebre cantante italiana, y que llegó á general en época más moderna.

Ya dicen estos señores que el turno me toca á mí, Sr. D. Juan, y allá voy aunque no sé qué decir.

Que eres valiente se sabe del Ebro al Guadalquivir, y antes de poco tu nombre resonará hasta en Pekín.

Despacha pronto, y asoma por las puertas de Madrid, donde manolas te esperan con pandero y tamboril.

Viéronte un tiempo asustadas creyendo que el bravo Prim era un catalán gigante, de bigote tunecí, fosco, negro, cejijunto con patillotas de crin, pelos tiesos y erizados cual cerdas de jabalí. Mil aspavientos hicieron al mirar que no era así, sino un joven agraciado con gesto de serafín, menos parecido á Marte que á Narciso ó Adonis. Su miedo se cambió entonces en gracioso sonreír, y sus vítores y vivas rayaron en frenesí.

Vuelve pronto y las verás despojar nardo y jazmín, y á falta de otras coronas tejerlas de perejil.

Juan Nicasio Gallego

También te va tu tocayo en esta carta á escribir versos, aunque no valdrán ni cuatro maravedís.

Yo no te diré pipos: la fama con su clarín harlo tu valor pregona probado en sangrienta lid: te escribo para excitar en tu pecho juvenil la clemencia y bizarría que siempre en él conocí. Cada cual tiene su tema, según se suele decir: la mía constantemente fué, en nuestra guerra civil,

ponerme siempre de parte del que llega á sucumbir. En un humilde taller hijo del pueblo nací; y así el pueblo me interesa lo que puedes presumir. Piedad para los ilusos que se sometan á ti; piedad, que es la mejor prenda de un valiente paladín, piedad para los vencidos la pide *Hartzenbusch* á Prim.

Salud al valiente jefe, al aguerrido adalid, salvador de patria y reina, de las leyes y el país, da el más fiel de tus amigos el redactor gacetil. Si te vieses apurado envíanoslo á decir, y al momento empuñaremos intrépidos un fusil y á marchas forzadas, todos nos iremos junto á ti; que en este bendito cuarto ninguno es un zascandil. Pero no llegará el caso, no llegará, no, buen Prim, que te sobra corazón y fuerzas y medios, sí, y valientes á tu lado para poder concluir esa rebelión infausta, desleal, infame, ruin. Díganlo si no tus triunfos, dígalos tu nombre Prim, que convierte á un centralista en un pobre puerco-espín.

Cándido Nocedal

Aunque soy, querido Juan, el último en escribir, sabes que no soy el último en cuanto á quererte á ti. Mucho quisiera decirte por la campaña feliz en que has ganado valiente el ceñidor carmesí.

Y la banda en que alternando rojo y dorado matiz, la efigie del santo rey brilla en la cruz de marfil. Pero ¡ay, Juan!, estoy muy triste desde que en el parte vi que mi querido Lorenzo fué herido del plomo vil. Esto me tiene angustiado, me tiene fuera de mí; y nada puede alegrarme hasta que no oiga decir: «*Ventura*, ponte contento que ya le tienes ahí.»

Ventura de la Vega

Y como hemos dicho antes, seguían á estos nombres otros menos célebres, pero tan importantes en aquella época, que demuestran hasta qué punto era centro de reunión política, literaria y artística el *cuarto de Julián*.

LUIS MARIANO DE LARRA

(Queda prohibida terminantemente la reproducción del presente artículo.)



La edad feliz, cuadro de Noé Bordignon



NÁUFRAGOS, escultura de R. Stigell

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Un precioso libro. — Reflexiones acerca de la unión entre la ciencia y el arte. — Una vieja ópera y una cantante nueva en Madrid. — María Estuardo en la zarzuela de Chapí. — Períodos más ó menos dramáticos en el discurso de la vida que llevó tan célebre reina. — El teatro Español. — Recuerdos gloriosos. — Conclusión.

I

Un precioso libro, recientemente publicado, está por sus últimas hojas abierto ante mi vista, después de haberlo recorrido con el afán que puede inspirar dramática novela en los años de las juveniles pasadas lecturas. Lleva el título de *Miniaturas científicas* y aparece obra del insigne doctor Pulido. El empeño con que solicitan los hechos diarios y los problemas á cada minuto surgidos en las vías del mundo y en las fases del tiempo la noble atención de aquellos propensos al oficio de publicistas, produce copia de obras en cuyas páginas los pensamientos más contradictorios se conglomeran y los factores más heterogéneos se multiplican. Nunca olvidaré un chasco sufrido por mí á la compra y lectura de cierto centón que ofrecía, coleccionado por tales modos, grande número de artículos varios, sin más nexos entre todos ellos que los del período en cuya corriente y transcurso se habían escrito. Llamábales *Macedonia* su autor; y ¡tonto de mí!, con el interés despertado en el alma siempre por cuanto trata de geografía é historia griegas, comprélo, creyendo su materia referente á la región donde Alejandro naciera y que irradiara el espíritu helénico por toda el Asia. No había visto en la librería el índice, y llegado á casa faltóme tiempo para enterarme de su contenido con la rapidez natural en quien durante medio siglo no ha dejado de leer, y de leer mucho, ni un solo día. ¡Oh desengaño! El autor escogió la fórmula y nombre de una ensalada conocidísima, compuesta de varias verduras sazonadas con salsillas de diversos ingredientes, cuando designó la ensalada de sus artículos, que Dios me libre de llamar disparatados, pero que pueden llamarse disparejos, sin agravios ni ofensas á nadie. No así la obra del doctor Pulido, compuesta de retazos también, pero de retazos análogos en su materia y cosidos entre sí con las ilaciones de lógica y los métodos de serie adquiridos en una larga frecuentación de la ciencia. Todos sus capítulos tratan de materia médica, y todos se distinguen por la competencia de un saber allegado en vigiliadas y desvelos sin número; por la profundidad de unas ideas calcadas sobre todos los progresos de la fisiología y de la psicología contemporáneas; por la ternura de sentimientos, que muestra cómo esa profesión de médico da, según las compasiones y los dolores que trae aparejados, maternales entrañas á los hombres más hombres; por una elocuencia de suyo altísima sin altisonancias, copiosa sin exceso, resonante sin retumbos, elocuencia magistral á cuyos auxilios habrán de recurrir cuantos quieran divulgar los principios abstractos de la filosofía y poner hasta el alcance de un pueblo los complicados sistemas de la política. Desconoce una ciencia quien ignora su historia. En medicina, con especialidad, cada época histórica constituye una fase cuyo conocimiento necesitan los doctores, aun para las aplicaciones más sencillas de su arte. Hipócrates arrancando el saber médico al sacerdocio antiguo y constituyéndolo en saber laico; Galeno llevando á la ciencia de curar el sincretismo de Alejandría; los famosos Averroes y Avicena extendiendo desde las escuelas andaluzas al obscuro espíritu medioeval los rayos luminosos de las experiencias y tradiciones semitas; Vesalio trayendo el cuerpo humano á estudio por los días en que resucitaba la estatua clásica y venían en las naves de Colón los hombres primitivos; nuestro Servet, y más tarde Harvey, pegando á las venas el movimiento impreso por Copérnico y Kepler á los astros; Galvani con la revelación del fluido etéreo que se difunde por la red eléctrica de nuestros nervios, merecen páginas tan sabias por su fondo y bellas por su forma como las que ha dedicado el doctor Pulido á la medicina de los árabes, á las relaciones entre esta ciencia y las artes plásticas, al poema de la circulación que todos componemos y llevamos dentro de nosotros, merecedor de una odisea como la del trabajo y del comercio y de la navegación, escrita por Homero en los altares de la cultura humana. Reciba el doctor Pulido por su obra la más cumplida enhorabuena.

II

El Museo de Pinturas y el teatro de la Opera son los dos primeros templos elevados á las bellas artes en Madrid. Así no podemos olvidar ni á uno ni á otro, en cuanto despiertan algún público interés y fi-

jan la general atención. Acabamos de oír una vieja obra y á una cantante joven: El *Hámlet* y la *Calvé*. Llamo vieja la producción, aunque sea relativamente nueva, porque ha envejecido mucho en poco tiempo, á causa de no haber obrado el milagro de acomodarse á la música materia tan impropia del divino arte como las perplejidades y dudas de un escéptico medio demente y las ambiciones criminales de un monarca fratricida. La inspiración poética nunca rayó allende del punto á que llegara la inspiración de Shakespeare cuando trazó el mayor y más sublime de sus dramas trágicos. Los monólogos de *La vida es sueño*, las escenas del *Edipo* en Colonna, las rabiosas apóstrofes de Job y de Prometeo, la primera parte de *Fausto*, constituyen á una con las incidencias principales de *Hámlet* lo sumo de inspiración dable á la humanidad en el teatro. Pero la música de Tomás se ha quedado tan lejos de la poesía del gran Shakespeare como la fosforente luciérnaga del vívido sol. No sucedió con *Hámlet* lo sucedido con *Lucrecia Borgia*, el primer drama de Víctor Hugo, la primera ópera de Donizetti. Mas, envuelta en su túnica, que diríais hecha con argénteos rayos del astro de las noches, coronada y ceñida de flores que bajan en hojas y en guirnaldas desde los cabellos á los pies, con arpegios de ave malherida en sus parejas y en sus nidos, errante de un lado á otro so lluvia de pétalos y junto á laguna de nieblas; recuerda y evoca la *Calvé* aquella virgen infeliz, aquella Ofelia, quien desde las ramas del sauce cae á los abismos del agua, cantando el amor, hasta que apaga las últimas escalas de sus melodías el primer beso de la muerte. Oír la verla en el último acto de *Hámlet* es una verdadera delicia.

III

Chapí ha compuesto una zarzuela de muy hermosa música, cuya letra y argumento evocan á María Estuardo en los tiempos de su mayor felicidad, reinando casi niña juntamente con su joven esposo Francisco II sobre las tierras de Francia, y luciendo en sus sienes la espléndida corona de tan hermoso reino. Seis días contaba María Estuardo cuando fué proclamada reina de su Escocia; un año cuando fué ungida ó coronada; seis cuando fué prometida al delfín de Francia y con éste desposada. En su viaje al nuevo reino, á tan corta edad, como si nefasta estrella la persiguiese, los barcos del rey Enrique II de Francia y los barcos del rey Enrique VIII de Inglaterra estuvieron á punto de chocar en choque tremendo y enrojecer aquellas aguas casi negras con purpúreas manchas de sangre hirviente. Los Guisas, formidables soldados del catolicismo romano y del imperio español, llevaronla, como tíos suyos que eran por su madre, francesa, en prenda segura de que su reino, Escocia, seguiría indefectiblemente á Francia, en coyuntura cual aquella terrible ocasión del comienzo de las ligas y del reinado de Felipe II, que habían de generar guerras como la espantosa de los Países Bajos y matanzas como la terrible noche de San Bartolomé. En San Germán y sus bosques, en Chambord y sus jardines, en Fontainebleau y sus selvas, en el Louvre y sus salones creció María Estuardo, amada por el suegro, Enrique II, como una hija predilecta, y desamada por la suegra, Catalina de Médicis, como una rival terrible. A los quince años ya estaba en la plenitud completa de su vida y en el cenit esplendoroso de su hermosura incomparable. Alta, pero de proporcionada estatura; esbelta y con incomparable gallardía, su frente se alzaba sobre la frente de todas sus damas, y sus gracias, realzadas con un extraordinario gracejo, le atraían y esclavizaban todos los corazones. Brantome nos ha descrito en la *Galería de damas célebres*, á que ofreciera sus versos, los ojos con externos colores del Norte y fuegos internos del Mediodía; el talante varonil y arrestado, de una majestad análoga con la de Minerva ceñida de su casco y encerrada en sus armaduras; la frente, tan espaciosa y grande como menudos eran los pies y las manos, éstas especialmente las más proporcionadas y escultóricas que se habían visto en París; la voz de celestiales dejos, calmado con sus armonías las tempestades producidas con sus miradas; la prestancia de su figura modelo, espaciándose con una gentileza sólo comparable al cáliz de las flores por primavera, y los centelleos de su alma luciendo con una lumbré sólo comparable al resplandor de las estrellas en estío. Enamorada del genio italiano, tan fecundo en maravillas por aquella sazón extraordinarias; conocedora de las dos lenguas clásicas, griega y latín; amaestrada en las ciencias por su continua conversación y esparcimiento con los doctos; discípula de Ronsard en literatura, y de L'Hopita en derecho, escribía cartas á su madre con toda la madurez de un estadista, pronunciaba discursos en idiomas antiguos con toda la fluidez de un orador,

y acompañándose al son de la lira, cantaba con suave dulcísima voz versos compuestos por ella misma y aromados de artificiosa, por lo general, pero, á veces, ingenua y encantadora poesía. Este rápido paso de la reina por aquella corte del Louvre sirve á la música de Chapí, autor inspiradísimo de tantas composiciones maestras, para jugar con los airecillos embalsamados de la zarzuela, poco idónea para el arte y estro de trágico drama que hubiera pedido una vida comenzada por sendas de flores y concluída sobre las tablas del patíbulo.

IV

El teatro Español remozado nos ha ofrecido estos días dos obras tan célebres como *El desdén con el desdén* del dramaturgo Moreto y *El retablo de Maravillas* del inmortal Cervantes. Quizás no pueda uno sustraerse á la magia de los nombres gloriosos, ni desceñirse al abrazo con que lo estrecha y enlaza el recuerdo imperecedero de las edades por excelencia estéticas; mas yo debo asegurar con toda verdad mi rendimiento incondicional á esas obras de tan profundo y religioso culto para mí, que sólo acierto á sentir las con el corazón exaltado y no á juzgarlas con el juicio sereno. La comedia de Moreto anda todavía de teatro en teatro y se repite y se reproduce mil veces; pero el entremés de nuestro primer escritor estaba como esos cuadros que se dejan, por antiguos y empolvados, en los desvanes de nuestras galerías y de nuestros museos. ¡Cuánta belleza! En tan estrecho espacio, con escenas tan rápidas y diálogos en que tanto intervienen la filosofía realista de un observador excepcional y el arte sumo de un romancador sin segundo, aparecen por doquier tal número de incidencias interesantes que os rinden á su yugo y os asombran de veras. La hipnotización producida por unos sobre otros en los personajes, hasta ver todos de bulto aquello que parece de verdadera realidad, pues no viéndolo, pasarían por confesos ó por bastardos, presenta el fenómeno de la sugestión colectiva con tal acierto que debería representarse allá en las clínicas de los grandes hospitales consagrados al estudio y curación de las enfermedades nerviosas. ¡Cuán humano! Así, durante todo el espectáculo estuve con los conjuros de mi fantasía evocando aquellos tiempos en que se abrió el corral de la Pacheca, donde las entradas de favor vencían á las entradas de pago, y el techo se componía de toldos que preservaban del sol, pero no del viento, ni de la lluvia, y en el patio se contaban doce ó catorce bancos móviles de preferencia, los cuales iban de aquí allá, según lo más ó menos reverenciado de las personas que los ocupaban, y la cazuela, donde sólo podían entrar mujeres, fabricábase de ladrillos y cal con escaleras empinadas incomodísimas, aunque no tanto como las gradas, de donde quienes llegaban á ver no oían, y quienes llegaban á oír no veían, formándose tertulias más vocingleras y gárrulas que los actores y vendiéndose á grito pelado, como en las plazas, limas agrias y avellanas huera, con que solían apedrearse muchas veces los bandos promovidos en favor ó en contra de los comediantes y de las comedias. Entran las costumbres y los hábitos con tanta encarnadura en lo más hondo de nuestra naturaleza, que me molestó mucho no ver á la boca del escenario, como antaño, en sus sendas pilastras, los seis retratos de aquellos seis primeros autores dramáticos hispanos, con los títulos de sus seis obras capitales respectivas, que parecían estar allí enseñando á sus discípulos y sucesores las tristes asperezas por donde se camina en combates sin fin y con esfuerzos sin número para llegar al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Madrid, 17 enero de 1895.

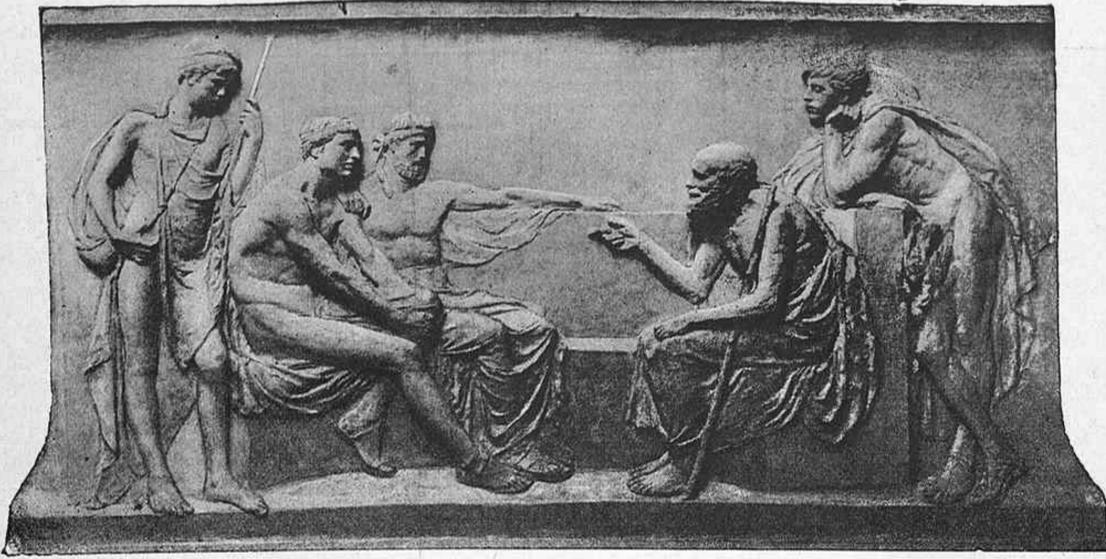
LA ESCULTURA MODERNA EN INGLATERRA

(1883 á 1887) (I)

En 1883 Mr. Thomas Brock fué elegido individuo de la Real Academia, siendo el segundo á quien se admitía como adepto de la nueva escultura. Había sido el más hábil y más constante discípulo de Foley, y al morir este eminente escultor, le dejó encargada la ejecución de sus momentos sin concluir, y sobre todo la gran estatua de O Connell en Dublín. Este era un importante trabajo, y en su deseo de conservarse fiel á la memoria de Foley, Brock vaciló en adoptar los nuevos métodos. Durante este primer período dió á conocer en varias obras ideales un estilo peculiar suyo; pero luego dejó á un lado todas esas tradiciones y se agregó á los más jóvenes artistas sin compromiso alguno con su pasado.

Mr. Stirling Lee dió un paso más en la vía del progreso, presentando en 1883 su *Aurora de la mu-*

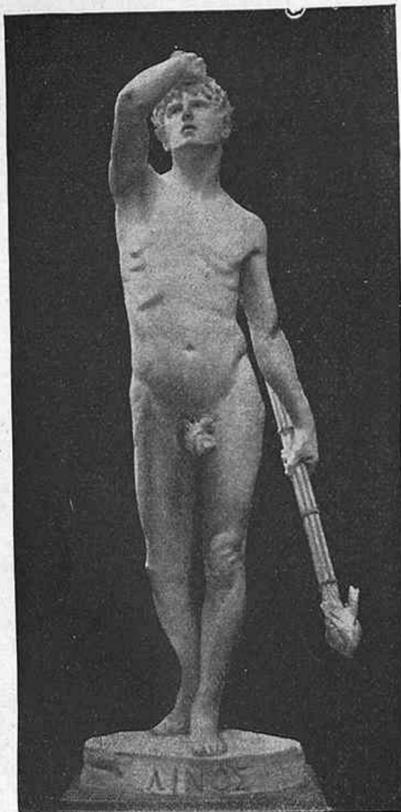
(1) Véanse los números 652 y 661.



SÓCRATES EN LA AGORA, alto relieve de Harry Bates, A. R. A.

jer, que llamó mucho la atención en Londres; sin duda el escultor había visto la *Biblis convertida en manantial*, con la que Suchetet hizo furor en París un año antes. Mr. Lee había notado con el instinto del artista el delicioso conjunto y la frescura de aquel pequeño estudio del natural; pero le faltó el tacto que tan atrevido experimento exigía, y así es que su figura no revelaba elección de tipo ni belleza en las líneas, reduciéndose a ser la copia literal de una fea mujer desnuda. Sin embargo, la obra no dejaba de ser interesante, por el hecho de marcar un paso más en el progreso de la escuela.

El año 1883 fué particularmente notable por el número de bustos presentados, de mérito muy superior á los que se habían visto hasta entonces, sobresaliendo entre ellos los modelados por Mr. Gilbert y Mr. Thornycroft.



LINOS, estatua de C. Onslow Ford, A. R. A.

En todo el trabajo icónico de aquel año manifestóse una tendencia á la carnosidad en las formas y á las líneas incisivas que hacía un siglo no se notaba en la escultura inglesa.

Tal vez el más brillante período para ese arte, por lo menos en Inglaterra, fué el correspondiente á 1884. A fines del año anterior, cuando los artistas se disputaban en el certamen la medalla de oro de la Real Academia, había producido gran sensación un modelo, que entonces era, y aún es por mucho, el mejor relieve ejecutado por un principiante. Habíase dicho que era obra de un muchacho; pero no resultó así, y cualquiera inteligente que hubiera visto el *Sócrates enseñando al pueblo en la Agora* habría reconocido desde luego, por la marcada ciencia técnica de aquel trabajo, que su ejecución no era la de un novicio. El autor era Enrique Bates, que se hizo famoso desde su primera aparición, y cuya obra tiene el mérito principal de fundarse en las mejores tradiciones del relieve griego, como las del Partenón, uniéndose á la vitalidad el sentimiento moderno. Los trabajos de Bates tienen un marcado encanto pintoresco que deleita á la vista, porque ha sabido evitar con el más delicado tacto los errores del arcaísmo.

En 1884 fué cuando Mr. Thornycroft presentó su viril estatua moderna en bronce *El segador*, en la cual se revelaba algo del realismo ideal de los escultores franceses Coutan y Le-feuvre, y también una marcada perfección técnica. La obra tuvo no pocos admiradores, que la prefirieron á cualquiera otra de las producciones maestras de aquel artista.

Otro trabajo que señaló época en 1884 fué *Icaro*, de Alfredo Gilbert, estatua de reducidas dimensiones, pero que ejerció gran influencia. En aquella figura adivinábase sin dificultad la estructura ósea del cuerpo, y el conjunto revelaba la más profunda ciencia.

No nos separaremos de 1884, ese *annus mirabilis* de la escultura inglesa, sin hacer mención del *Linos*, de Mr. Onslow Ford, figura destinada á la Abadía de Westminster; y también de la *Edad de Bronce*, notable trabajo que produjo sensación cuando se expuso en la Real Academia. Su autor era Mr. Rodin. En aquel año Boehm quiso competir con los demás artistas, presentando sus bustos, y particularmente su *Lord Wolseley* y su *Herbert Spencer*, trabajo excelente, aunque sencillo y de estilo algo prosaico.

En 1885 prodújose una reacción natural. La exposición de escultura en la Real Academia fué lánguida, y no faltó quien anunciara desde luego que la nueva escuela entraba en su decadencia.

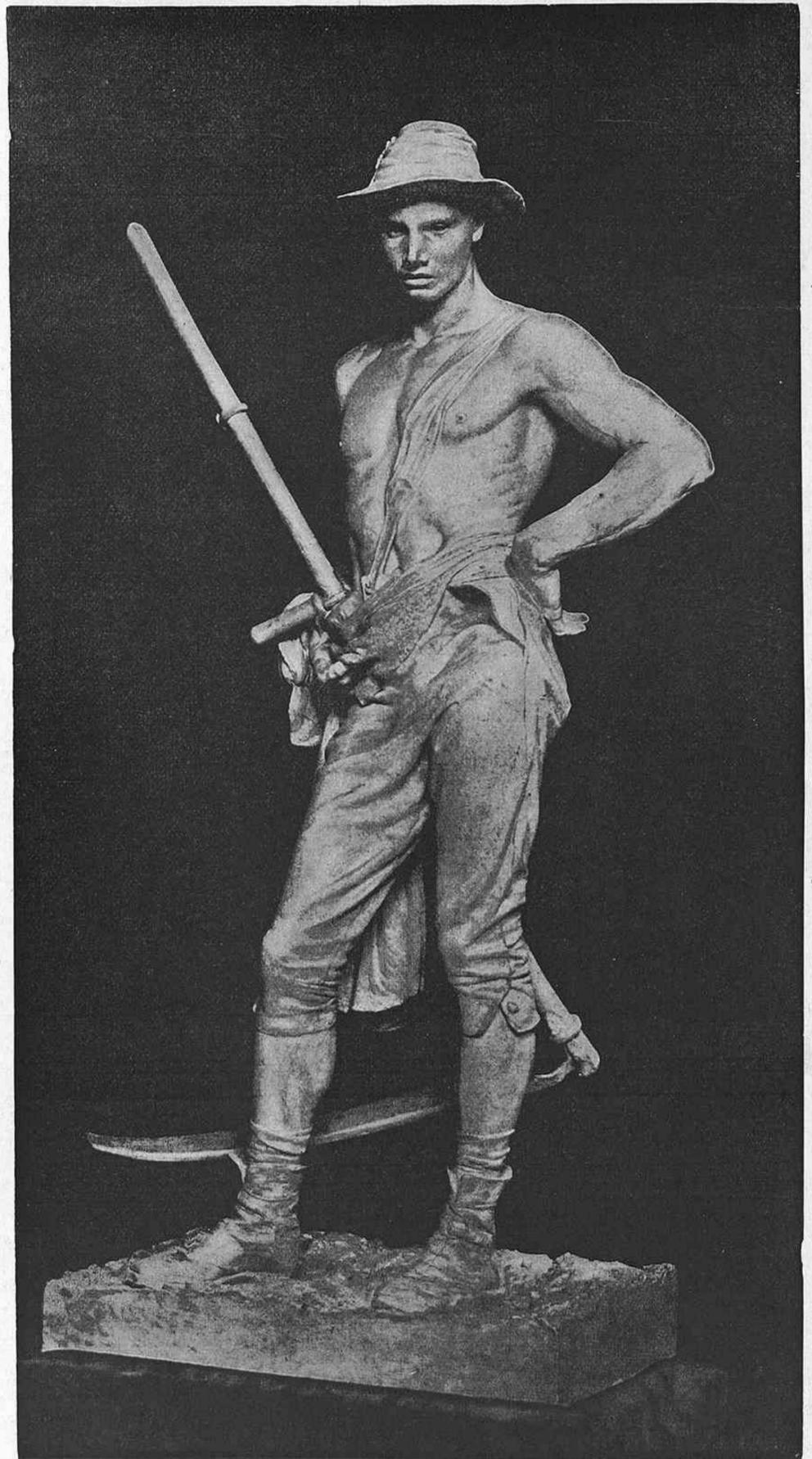
No obstante, en el año 1886 se demostró la vitalidad de la nueva escultura, y se pudo comprender que las fuerzas de aquel arte se habían reservado para hacer después más vigorosa ostentación. En dicho año, sir Frederic Leighton, después de haber estado largo tiempo sin presentar nada, quiso figurar otra vez entre los escultores, y su *Haragán* ocupó el puesto

de honor junto á un pequeño bronce titulado *Falsa alarma*. Comparadas con el *Atleta y Pitón*, esas obras, y particularmente el *Haragán*, eran tal vez un poco frívolas, pero denotaban marcado progreso en la concepción del escultor respecto á su arte, reconociéndose que había pasado de la dureza á la flexibilidad, y que dominaba mejor las formas de la carne y del hueso.

Otra obra importante de 1886 fué *La silla encantada*, de Mr. Gilbert, que según dicen, se rompió por accidente ó por capricho. Representaba una figura de mujer desnuda, sumida en profundo sueño en una silla mágica. Lo que daba á esa estatua importancia histórica en el progreso de la nueva escultura era el hecho de que se había llevado hasta lo último la investigación sobre el color que era el gran objetivo de Mr. Gilbert.

Mr. Thornycroft prosiguió con sus experimentos bucólicos en 1886, exhibiendo la preciosa estatua de otro *Segador*: era un magnífico estudio de la belleza de la vida rústica moderna; pero no tenía ningún nuevo carácter que le distinguiese de su obra análoga presentada el año anterior. Por otra parte, los admiradores de Mr. Onslow Ford quedaron recompensados aquel año por la exhibición de una pequeña estatua que por primera vez justificó con creces las esperanzas que dicho artista inspiraba. *La Locura*, de 1886, fué un bronce de exquisita delicadeza y originalidad, cuyo principal mérito consistía para muchos en lo bien acabado de la superficie de las carnes. *La*

Locura, que revelaba una mano maestra, era la naturaleza en absoluto, trasladada al medio más puro y escogido.



EL SEGADOR, estatua de Hamo Thornycroft, R. A.



EL TEATRO DE POLICHINELAS. cuadro de Eugenio de Blaas, grabado por Bong

No estará de más añadir aquí que en 1886 fué cuando Mr. Pomeroy llamó por primera vez la atención de los artistas con un grupo titulado *La familia de Caín*.

El 8 de enero de 1887, Mr. Alfredo Gilbert obtuvo la recompensa de la Real Academia, siendo elegido individuo de la misma, aunque no había ocurrido vacante alguna entre los escultores; pero era imposible echar en olvido á un artista de tanto talento é instrucción.

El año 1887 hizo en cierto modo época, por haberse inaugurado en la Abadía de Westminster la estatua de Enrique Fawcett, mal colocada bajo una ventana pequeña en un ángulo lejano del baptisterio. Hasta entonces, y particularmente para las obras destinadas á la Abadía, los escultores parecían ignorar las exigencias de la arquitectura. Mr. Gilbert fué quien primero demostró en Inglaterra cómo el arquitecto y el escultor pueden mantener la unidad en sus trabajos.

En la estatua de Fawcett, Mr. Gilbert se excedió para indicar el color por la textura y la sombra, y hasta osó poner en ella verdaderos colores con el más brillante efecto. El monumento se compone de un friso de siete figuras de bronce que flanquean el busto del eminente hombre de Estado, y tiene además por adorno dibujos heráldicos y caras en relieve; todas estas son de bronce, pero de varios tonos, y se ha hecho uso del oro en abundancia para variar el efecto. Fácil es comprender que en la caprichosa invención que da vida á todo el monumento, el escultor ha recordado las tradiciones y la historia del templo gótico donde la estatua debía colocarse; y talento ha necesitado el artista para armonizar una joya de escultura con la grandiosa y antigua urna que debía ocultarla.

La exposición de 1887 fué de interés inferior á las anteriores. *La Paz*, de Mr. Ford, fué la obra más notable. También se dió á conocer entonces un nuevo artista, Jorge Frampton, presentándose además un grupo de la señorita Jeffreis, la única artista del bello sexo que ha manifestado gran disposición para modelar en este período de progreso de la escultura. Lástima que no haya persistido en lo que es sin duda difícil carrera para una mujer.

El hecho más notable del año 1887 fué el reconocimiento de la nueva escuela en Manchester, donde se vió por primera vez que los artistas jóvenes se colocaban por encima de sus maestros. Casi todas las obras de que hemos hablado antes se vieron en Manchester en aquella ocasión, hallándose representados por ellas Leighton, Thornycroft, Gilbert, Ford, Lee y los artistas más modernos en el arte. Después de esta exposición, podría decirse que solamente quedaban dos fuentes vivas del arte en el país, los monumentos icónicos de sir Edgar Boehm por una parte, y los estudios de los nuevos artistas por otra.

EDMUNDO GOSSE

NUESTROS GRABADOS

Náufragos, escultura de R. Stigell.—Bajo todos conceptos merece ser calificado de hermoso este grupo escultórico del reputado artista alemán Stigell. Si lo consideramos desde el punto de vista anatómico, veremos desde luego en cada una de sus figuras un estudio acabado del cuerpo humano y un conocimiento perfecto de las funciones de los distintos elementos que lo componen: aquellas carnes que tienen las morbideces del natural, aquellos músculos que se contraen á impulsos de un conjunto de nervios llenos de vida, y aquellos huesos, tendones y venas que debajo de la piel se marcan, sólo pueden ser obra de quien conozca muy á fondo la anatomía y la fisiología. En punto á expresión, la figura de aquel hombre que con el terror pintado en el semblante y ademán desesperado demanda socorro para él y los suyos en aquel momento de suprema angustia es verdaderamente magistral. Y en cuanto á la parte puramente plástica difícilmente puede darse ni más vigor ni un conjunto de líneas más armónico, más elegante, más ajustado á los cánones estéticos que el que ofrecen esas cuatro figuras en distintas actitudes, agrupadas sobre la roca que las olas del mar azotan y que amenaza ser la tumba de los infelices naufragos.

M. FELIX FAURE,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

El nuevo jefe del Poder ejecutivo de la vecina República, elegido en la Asamblea reunida en Versalles por 430 votos contra 361, obtenidos por su contrincante M. Brissón, es un hombre que frisa en los cincuenta y cuatro años, y á quien la fortuna ha sonreído siempre, aunque fuerza es confesar que ha hecho mucho por conquistar y conservar sus favores. Hijo de modesta familia, educóse en una escuela profesional y pasó luego á Inglaterra con objeto de aprender la lengua de aquel país

y estudiar la gran industria, así como el gran comercio. De regreso en Francia, aprovechó estas lecciones prácticas en una fábrica fundada por él, y en la que, mostrándose operario más bien que dueño, trabajó personalmente. De este modo adquirió una fortuna honrosa, menos á propósito para despertar la envidia que para estimular generosas emulaciones y para demostrar á las ambiciones desapoderadas y á las codicias insensatas que la inteligencia y el trabajo asiduo también pueden enriquecer.

En el Havre estuvo largo tiempo á su cargo el consulado de Grecia, y se granjeó de tal modo el aprecio de sus conciudadanos,



M. FÉLIX FAURE, Presidente de la República Francesa

nos, que le eligieron teniente alcalde y juez del Tribunal de Comercio. Acababa de cumplir cuarenta años cuando fué elegido diputado por primera vez.

Gambetta, que estaba dotado de gran perspicacia para conocer el valor de los hombres, comprendió al punto el de M. Faure, y cuando formó su ministerio de notables, le nombró subsecretario del ministerio de Comercio y de las Colonias. Siguió Faure la suerte de este gabinete y con él cayó; pero como había tenido ocasión de dar á conocer de lo que era capaz, en 22 de septiembre de 1883 le llamó Julio Ferry, presidente del Consejo de ministros, y le confirió de nuevo el anterior cargo, en el cual desempeñó un papel muy activo y muy personal en varias empresas coloniales, á las que, siquiera tardía, se ha hecho merecida justicia.

En 1885 fué elegido diputado por el departamento del Sena inferior por más de ochenta mil votos; tres años después volvió á ser subsecretario de las Colonias en el primer ministerio de Carnot; pero al poco tiempo, obligado por los manejos de la oposición, dimitió dignamente. Su situación en la Cámara adquiría de día en día mayor prestigio é importancia, y había sido designado por ella para el cargo de vicepresidente, cuando M. Dupuy le ofreció en su ministerio la cartera de Marina, puesto que le cuadraba perfectamente, pues Faure es una especialidad en las cuestiones que atañen á las marinas mercante y militar.

Al nombrarle la Asamblea para el alto puesto que hoy ocupa, ha tenido presente que era un diputado laborioso y desinteresado, que no obstante presentar la próxima caída del ministerio, prefirió continuar en su puesto á abandonarlo para ser presidente de la Cámara, y cuando cada cual se iba por su lado con un egoísmo que quizás haya contribuido en gran manera á desalentar á M. Perier, él, cual verdadero marino, siguió firme en el buque desarbolado para compartir la suerte de la tripulación. Esta abnegación y esta fidelidad á toda prueba han recibido su legítima recompensa.

M. Faure tiene además otras cualidades que le hacen altamente simpático; lleva la bondad retratada en su fisonomía; es complaciente y servicial, y está dotado de ese porte distinguido que tanto gusta á todos los pueblos y en especial al francés. Por último, y esta es una circunstancia importante en el jefe transitorio de una nación, no tiene enemigos.

La edad feliz, cuadro de Noé Bordignon (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina).—Todo respira calma y sosiego. La tranquilidad de la naturaleza no se halla turbada por la tempestad. Confiados, sin temores ni cuidados, desconociendo las luchas de la existencia y la poderosa influencia de las pasiones, hallanse dos niños, el uno en apacible sueño, mientras su compañera entretiene sus ocios hurgándole con una pajita. Este sencillo grupo forma el cuadro que inspiró al distinguido artista italiano Sr. Bordignon el deseo de representar la apacible dicha que proporciona la calma del espíritu, que en los infantiles años, inocente y puro, no teme ni desea, inclinándose siempre al bien y á la virtud.

El teatro de polichinelas, cuadro de E. Blaas.—Apenas ha cundido la voz de que se iba á dar una función de títeres, toda la chiquillería del barrio ha acudido presurosa al sitio designado desde mucho antes de comenzar el espectáculo á fin de no perder una palabra ni un gesto de los interesantes muñecos. De los espectadores, niños en su mayor parte, aunque no faltan entre ellos quienes hace años han salido de la edad

infantil, unos se regocijan anticipadamente con lo que pronto han de ver, recordando lo que en otras ocasiones se divertieron, y otros, para los cuales se trata de una cosa nueva, esperan con marcada curiosidad, y aun alguno un si es no es con el miedo que á la gente menuda infunde todo lo desconocido, lo que de aquel modesto barracón ha de salir. La comedia va á empezar, y ya por detrás de la cortina del escenario asoma la grotesca figura del polichinela, armado de descumunal garrote, que entretiene al público durante un rato con sus chistes y manotazos, mientras acaba de llenarse el local y la empresaria termina la colecta y el director da la última mano al decorado y atrezzo y dispone los personajes que sucesivamente habrán de ser apaleados por el protagonista del sainete.

Tal es la escena que nos presenta el famoso pintor de Blaas, suponiéndola en Venecia, ciudad cuyas costumbres y cuyos tipos como ningún otro reproduce; y cualquiera que haya presenciado una de estas representaciones de títeres habrá de convenir en que el autor del cuadro ha sabido arrancarlo del natural, aparte del talento con que ha trazado la composición y de la corrección técnica con que la ha ejecutado, dando á todos los elementos de la misma su justo valor y no descuidando ni el menor detalle que pudiera contribuir al efecto del conjunto.

Ejecución de un caudillo árabe en Melinda.—El caudillo árabe Ali-bin-Said fué hace poco sentenciado á muerte y fusilado por haber asesinado á Mr. Bell Smith, el superintendente de la Compañía Inglesa del Este de Africa: éste había tenido algunas disputas con Ali, el cual dos días después le asesinó mientras estaba fumando en el mirador de su casa. El asesino fué inmediatamente preso y conducido á Mombasa y de allí á Melinda para sufrir la pena que le fué impuesta. La ejecución se verificó en presencia de un destacamento de marinos del buque de guerra inglés *Swallow*, anclado en aquellas aguas, y de algunas fuerzas indígenas, así como de la gente de la población. El reo dió pruebas de gran serenidad y falleció á la primera descarga.

D. Guillermo Estrada.—El ilustre catedrático de la universidad de Oviedo, recientemente fallecido, era una de esas personalidades cuya modestia impide que sean conocidos cual se merecen los muchos méritos que en el mundo científico tienen contraídos. D. Guillermo Estrada, á poco de terminada su carrera de abogado, que cursó brillantemente en Oviedo y en Valladolid y ejerció en la capital de Asturias durante algún tiempo con gran lucimiento, sintióse irresistiblemente atraído por la enseñanza, y en 1859, á los veinticinco años de edad, comenzó á desempeñar la cátedra de Derecho político en la universidad ovetense; al año siguiente ganó en famosas oposiciones y conteniendo con el Sr. Montero Ríos, que alcanzó la de Santiago, la de Disciplina Eclesiástica de aquel centro docente, en el que sucesivamente fué luego desempeñando las de Procedimientos, Derecho civil y su ampliación, Oratoria forense, Derecho internacional é Historia general del Derecho, que era la asignatura que explicaba antes de su fallecimiento. La política le apartó algún tiempo de la cátedra y la guerra civil le llevó al lado de D. Carlos, quien le nombró consejero suyo y le confió elevadísimo cargo al lado de su esposa doña Margarita, hasta que firmada la paz volvió el Sr. Estrada á su cátedra.

Había desempeñado en Oviedo importantes cargos, entre ellos los de magistrado suplente de la Audiencia territorial, vi-



D. GUILLERMO ESTRADA Y VILLAVERDE

catedrático de la universidad de Oviedo recientemente fallecido

cepresidente de la Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos y académico correspondiente de la Real de la Historia.

Reputábasele competentísimo en materias jurídicas, y como catedrático su explicación clara, metódica y elocuente era la admiración de sus alumnos y compañeros. Había sido notable periodista, y como escritor y pensador dejó varios folletos, entre otros sus discursos sobre la importancia del Derecho canónico, la Ciencia y la Iglesia, Pedagogía y la Novela, que leyó los dos primeros en la universidad en 1860 y 1862, y los dos últimos en la Academia Jurídica y en la Juventud Católica respectivamente. Deja también muchos y muy importantes trabajos inéditos preparatorios de su obra magna *Historia del siglo XIX*, que la muerte le ha impedido concluir.



Y volviendo á coger las hilas empapólas otra vez en ácido fénico y lavó minuciosamente la frente del montañés

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Había aprendido de memoria, llorando de alegría y de admiración, los pasajes más entusiastas de aquellos libros; y al abrir uno de éstos, Silverio leyó á Jacobita las siguientes líneas, escritas por Taine al describir el Caos de Cumelia:

«Cien pasos más allá, el aspecto del valle toma un carácter imponente: numerosos mammut y mastodontes de piedra están agachados en la vertiente oriental; mientras que otros se agrupan y escalonan en toda la pendiente. Aquellos colosos tienen un color leonado ferruginoso y brillante; los más enormes beben abajo el agua del río; diríase que calientan al sol su piel bronceada, y que duermen apoyándose en un lado ó en otras actitudes; pero todos son gigantes y espantosos. Tienen las deformes patas replegadas, los

corpos en parte hundidos en la tierra y sus lomos enormes apoyados unos sobre otros. Cuando se entra en aquel lugar maravilloso el horizonte desaparece; los peñascos se elevan á cincuenta pies sobre el suelo; el camino tortuoso se prolonga penosamente entre moles que parecen suspendidas en el aire; los hombres y los caballos asemejanse á pigmeos; aquellas cimas enmohecidas ascienden á manera de pedaños hasta la cumbre, y el negro ejército suspendido parece á punto de desplomarse sobre los insectos humanos que van á turbar su sueño.»

— ¡Oh, qué hermoso debe ser eso!, murmuró Jacobita, poseída de profunda emoción.

Y abriendo otro libro, Silverio leyó la página que Ramond había consagrado al Monte Perdido, la so-

berbia cima que fué el primero en franquear en 1802:

«...La escena cambió, y entonces olvidamos todas las penalidades sufridas. Desde lo alto de aquellas rocas contemplábamos con muda sorpresa el majestuoso espectáculo que nos esperaba en el paso de la Breche.

» Los glaciares brillaban, y la cima del Monte Perdido, resplandeciente de celestes claridades, no parecía pertenecer ya á la tierra. En vano trataré de pintar el mágico aspecto de ese cuadro, é inútilmente intentaría describir lo que su aparición tiene de inopinado, de asombroso, de fantástico, en el momento en que el telón se corre, en que la puerta se abre y en que se pisa al fin el umbral del gigantesco edificio. Las palabras no bastan para expresar una

sensación más rápida que el pensamiento; no se da crédito á los ojos; se busca alrededor un apoyo, algo para hacer comparaciones; pero todo es inútil: un mundo acaba y otro comienza; un mundo regido por las leyes de otra existencia. ¡Qué reposo en aquel vasto recinto, donde los siglos pasan con más ligero pie que aquí los años! ¡Qué silencio en aquellas alturas, donde un sonido, cualquiera que fuere, es el terrible anuncio de algún fenómeno raro y grandioso! ¡Qué calma en el aire, qué serenidad en el cielo! Todo estaba en armonía, el aire, la azulada bóveda, la tierra y las aguas; todo parecía recogerse en presencia del sol y recibir su vivificadora mirada con profundo respeto.»

La voz de Silverio temblaba al concluir esta lectura, y Jacobita, sintiendo vibrar algo en su ser que jamás se había estremecido hasta entonces, dijo al guía:

— ¡Oh! ¡Cómo ama usted sus montañas, y qué agradable es oírle hablar de ellas!

— Dispense usted, señorita, balbuceó Silverio, pues cuando hablo sobre este asunto, ya no sé contenerme. Las montañas son mi vida; en ellas sueño día y noche; las profeso un verdadero culto, y quisiera decirles muchas cosas de rodillas. Generalmente no hablo sobre esto, porque se burlarían de mí; pero ante usted no me avergüenzo, y divago como un niño. ¡Oh, qué hermosos Pirineos!... ¡Muy desgraciado fui cuando supe que había montañas más altas! ¡Cómo he aborrecido á ese Monte Blanco, que se eleva mil cuatrocientos metros más que nuestro Maladetta! En otro tiempo soñé que le decapitaba, que le arrancaba su cúpula, piedra por piedra, y que le convertía en un monte ridículo; mas cuando me dijeron que en el Himalaya había cumbres de más de ocho mil metros de altura, pensé: ¡Me alegro, para que ese Monte Blanco no sea tan fanfarrón!

— ¡Oh, decíase Jacobita al oír estas palabras, cómo le abrazaría yo si fuese mi tío!

Pero Silverio continuó:

— ¿Y aman sus amigos de usted las montañas? Supongo que no. Solamente se detienen admirados ante el mar. Su tío de usted no conoce ni siquiera los nombres de los picos que ve todos los días, y en Aigues-Vives no hay diez habitantes que no prefieran vivir en la llanura. ¡Infelices! Tienen los ojos cerrados; son como las tortugas, que cuando asoman la cabeza sólo gustan de ver las prosaicas lechugas. Una vez, siendo yo todavía muy niño, acompañé á mi padre á la llanura; estuvimos seis meses detrás de una meseta sin ver los Pirineos, y yo creí que iba á morir... ¡Venga usted á verlos, venga usted, añadió Silverio saliendo de la gruta. ¡Oh! Desde aquí no son tan hermosos como desde la cima del pico; pero también los ojos miran con gusto esas pendientes, esas cimas, esas rocas, esos torrentes, todas esas cosas de tan variadas formas y de tantos colores.

Al decir esto, señalaba á las montañas que les rodeaban.

Desde la gruta, situada á mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, el panorama era inmenso: el caserío de Gargos y el burgo de Aigues-Vives estaban ocultos por una loma pedregosa, y aparte de algunas verdes praderas que abigarraban por la izquierda la vertiente meridional de una montaña, nada de humano, nada de artificial se revelaba á los ojos. Solamente la naturaleza había trabajado allí; sólo sus manos habían levantado aquellos montes grandiosos, erizados de picos que parecían gigantes catedrales. Todo cuanto la mirada podía abrazar presentábase con un carácter majestuoso, con su virginidad primitiva, con su eterno brillo, y experimentábase una alegría intensa, aunque melancólica, contemplando aquel espectáculo, viviendo allí, olvidando uno que era hombre, un débil y vil organismo, un poco de tierra oscura y animada, sintiendo que el alma se encarnaba en el alma de las cosas, pensando que el cuerpo llegaba á ser una parte integrante de los montes, una de esas piedras vanas, pero más duraderas que todo cuanto los genios han creído edificar de inmortal con sus manos ó su cerebro.

— ¡Oh, señorita, balbuceó Silverio, poseído de entusiasmo, ¿no es verdad que consuela mucho contemplar la montaña? En cuanto á mí, paréceme que no hay más que eso en el mundo, que no puede existir otro placer, ni puede haber otra ocupación. ¡Qué mezcuro resulta todo lo demás si se piensa un poco! Días hay en que me dan ganas de sentarme sobre la hierba, admirar los picos, unir las manos y no moverme. ¡Oh, las montañas, las montañas!..

Silverio se transfiguró un minuto; pero ruborizándose después como un niño vergonzoso, balbuceó humildes excusas con voz respetuosa.

— No haga usted caso, señorita, dijo; la montaña me embriaga, y acaso me tome usted por un lunático. Dejemos este asunto para hablar de otra cosa, de lo

que pasa en París, en Pau, en Aigues-Vives, y del casino, que debe abrirse pronto...

Pero Jacobita le puso la mano sobre la boca.

— ¡Calle usted, desgraciado!, exclamó. ¿Acaso existe todo eso? ¡Oh! ¡Me inspira usted lástima después de haberme complacido tanto! ¡Hable usted más de las cimas, de las cascadas, de los precipicios! Hable usted siempre de eso. ¡Nada de París, ni de Pau, ni de todas las ciudades que encierran! ¡Fuera los casinos y los conventos y las costureras! ¡Fuera la llanura y viva la montaña!

Y Jacobita unió las manos ante Silverio en ademán de súplica para que continuara.

¡Con qué alborozo obedeció el joven! Señalando las montañas vecinas, las nombró una tras otra. A la izquierda, por lo pronto, la más baja y la última cultivada, llamábase *Praderes*, y era la que tenía el honor de conservar los restos de Carlos Vergez, el tío de Poupotte; la que cerraba por el Levante la cuenca de Aigues-Vives, tenía por nombre *La Coronada*, á causa de un grupo de atrevidas rocas cuyo conjunto asemejábase á una corona ducal; al Sud, aquel monte sombrío que se elevaba á la derecha del burgo, llamábase *El Erizo*, porque estaba completamente cubierto de pinabetes, y este monte no era más que una estribación de la *Jirafa*, montaña inclinada cuya línea interminable prolongábase hacia España. Entre *Praderes* y *La Coronada*, aquella cima resplandeciente era el pico de *Montmirailh*, de dos mil ochocientos cincuenta y cinco metros de elevación; y más á la derecha, entre *La Coronada* y *El Erizo*, aquel lejano grupo de picos, aquellas tres torres colosales, surgiendo de un glaciar y elevándose á más de trescientos metros, era el macizo de Bille-de-Neou, ciudad de la nieve.

Jacobita escuchaba y admiraba: el día era templado; no había en el cielo una sola nube, ni se oía más que el murmullo de las aguas corrientes; los hielos se derretían poco á poco en los huecos de las rocas, y hubiérase dicho que las montañas lloraban de alegría, elevándose hacia el sol. Jacobita sonreía silenciosa, y en su corazón también parecía derretirse alguna cosa deliciosamente, al calor de aquella primera tarde de mayo.

— ¡Qué hermoso es!, exclamaba, abriendo cada vez más ávidamente sus ojos.

— ¡Si usted hubiera visto todo esto en invierno! continuó el montañés; entonces me hallo solo aquí; Gargos queda desierto; Aigues-Vives duerme; ninguna diligencia rueda por el camino; todo está cubierto de nieve, las montañas son blancas como las desposadas; la tierra parece haberse engalanado para mí; paso semanas enteras sobre las nubes, y estoy aquí como un Dios rodeado de incienso.

Y el joven explicaba los juegos de la luz en todos aquellos vapores cuando el sol volvía á iluminar el cielo: era un espectáculo deslumbrador, un conjunto increíble de armiño, una prodigiosa acumulación de flores de lis, una amalgama de todos los blancos posibles é imposibles, en los cuales se desearía revolcarse, dormirse y petrificarse lentamente entre sueños infinitos, cándidos como los de un cisne.

Sin embargo, el tiempo transcurría y las rocas proyectaban sombras más extensas en el flanco de las montañas; pero los jóvenes no tenían, al parecer, en cuenta las horas, y permanecían delante de la gruta inmóviles y transfigurados. No hablaron siempre; en su conversación hubo instantes silenciosos muy dulces, durante los cuales su meditación seguía el mismo camino en el cielo azul, cerniéndose sobre las mismas cimas, ó reposando en los mismos valles, y después de aquellos breves minutos, en los que nada se habían dicho, mirábanse con ojos más confiados, como si se hubieran conocido mejor.

El juicio que formaban uno de otro había cambiado desde la víspera. En cuanto á Silverio, en un principio no había visto en Jacobita más que una joven algo loca, más ó menos caprichosa, una hermosa niña que hablaba como una muñeca mecánica y pensaba poco más ó menos lo mismo. Ahora le parecía linda como antes, pero sabía que era buena, sentimental y grave. Por lo que hace á Jacobita, el primer día no vió en el montañés más que su cuerpo endeble, su rostro sin expresión y la pierna que arrastraba, y había creído estar en presencia de un patán ignorante, tan falto de educación como de belleza. Ahora veía en el fondo de aquel salvaje un artista comovido, un contemplador entusiasta, un hombre tierno y hasta hermoso, pues al hablar de las montañas, su figura parecía la de un gigante y su rostro el de un iluminado. El maravilloso país de que era hijo prestábase ahora su gracia penetrante, y la pureza de su cielo resplandecía toda en sus ojos.

Jacobita, á su vez, refirió su historia con palabras muy sencillas, que Silverio escuchó religiosamente, inclinándose un poco para distinguirlas del murmullo

de los manantiales vecinos. La joven le habló de sus padres difuntos y díjole el nombre de todos los demás parientes, comenzando por el doctor Enrique Bordes, médico en Aigues-Vives y hermano del cura, y acabando por Roumigas, el brujo de Gargos, que era primo de Marcadiou, el vaquero. Después habló de su infancia, de la llanura de Horte, donde había nacido, y del convento de Pau, donde aún debía permanecer algunos meses más.

— Desde ese convento, continuó, vemos los Pirineos. ¡Y cuando pienso que yo no los miraba! ¡Ah! En adelante ya sabré divertirme durante las horas de recreo; haré que me indiquen las montañas de Aigues-Vives, y las contemplaré pensando en usted.

Los dos se sonrieron, y como sus miradas se encontraron, ambos se ruborizaron esta vez.

Pero de pronto profirieron un grito: desde la altura se derrumbaba una mole blanca, una masa enorme cubierta de nieve que saltaba como una fiera y precipitábase hacia ellos, aumentando de volumen y haciendo retemblar la montaña.

— ¡La avalancha!, gritó Silverio. ¡Retroceda usted!

Y cogiendo á Jacobita, levantóla vivamente y dió un salto hacia atrás. En el mismo instante la avalancha pasó delante de ellos por un ancho barranco; la joven vió un gran torbellino de cosas blancas, sintiendo á la vez como un soplo violento que heló su rostro, y la empujó, como si quisiera arrojarla en pos de la mole que rodaba.

— ¡Oh! Mírela usted, exclamó Silverio.

La avalancha había saltado con furia en una saliente de la montaña: cuando volvió á caer oyóse el ruido de las rocas que acababan de sufrir el choque; el Gargos retembló hasta en sus cimientos, y aún más voluminosa, más rápida, más terrible, la mole continuó su camino; saltó varias veces, y enfiló después la galería del caserío con el estrépito de la tempestad. A los pocos minutos, Jacobita vió surgir como una especie de nube blanca en la falda de *El Erizo*; era la avalancha que acababa de romperse en el fondo del estrecho valle, y cuyos restos remontaban sobre las pendientes opuestas.

Silverio había corrido hacia una eminencia vecina.

— ¡No ha causado daño alguno!, exclamó; desde aquí veo el pueblo; la iglesia está en pie aún, y mi cabaña también. ¡Dios sea loado!

Y volvió á reunirse con Jacobita, que estaba pálida y con las manos temblorosas, revelándose en sus ojos un profundo terror.

— ¡Oh!, exclamó; creí morirme. No quiero volver más á este país. ¡Jamás!

Al oír esto, los ojos de Silverio tomaron de nuevo su triste expresión; miró á la joven, y sin pronunciar palabra inclinó la frente.

Pero Jacobita se precipitó hacia él y cogióle las manos.

— ¡Oh, sí, quiero volver!, exclamó; esto es terrible, pero sublime. ¡Adoro las avalanchas!.. Y aunque me maten, Sr. Silverio, usted me conducirá de nuevo á las montañas. ¡Yo lo quiero! Haremos las ascensiones juntos para ir á los picos más elevados, y usted me enseñará todo su país, todo, todo... ¿Cuándo comenzaremos?

— ¡Mañana!, contestó Silverio, transportado de alegría.

— ¿No le molestará á usted la herida?

— ¡Me siento más fuerte que nunca!

— Pues bien: hasta mañana, Sr. Silverio.

Y este nombre fué pronunciado con un acento muy dulce, algo tímido y que pareció lejano, cual si lo hubiese pronunciado el corazón.

Jacobita corrió hacia el pueblo sin volver la cabeza, y desapareció detrás de una roca de basalto, que parecía ensangrentada por el reflejo rojizo del sol.

La joven se dirigió hacia la iglesia para rezar las oraciones del mes de María, según las recomendaciones de su padrino; pero al entrar, encontró la capilla tan negra, que era muy difícil distinguir la efigie de la Virgen; apenas vió más que el rostro imberbe del joven montañés, cuya dulce imagen se conservaba en sus ojos. Y entonces, después de haber rezado con toda su alma, murmuró:

— ¡Santa Virgen..., aunque no tenga bigote!..

III

Aquella noche, después de tocar el *Angelus*, Poupotte reprendió mucho á Jacobita.

— ¡Al fin ha vuelto usted!, exclamó cruzándose de brazos con ademán trágico. ¡Marcharse á las nueve de la mañana y volver á las siete de la noche! ¿Es razonable eso?

— ¡Oh! De ningún modo, contestó la joven, y por eso me propongo comenzar de nuevo mañana.

— Señorita, su tío ha prohibido que vaya usted á Aigues-Vives.

- Y yo me apresuro á obedecerle, Poupotte, porque no me dirijo hacia ese punto.
 - ¿Pues adónde va usted, santos Angeles?
 - A la montaña.
 - ¿A la montaña? ¿Todo el día? ¿Y qué hace usted allí, si no hay más que langostas? Acabará por romperse la cabeza, si se arriesga por sí sola.
 - Por eso tomo mis precauciones, Poupotte.
 - ¿Tiene usted un guía?
 - ¡Ya lo creo!

La cocinera del padre Bordes se sonrojó.
 - ¿Y quién es?, repuso. Tal vez León Bielle... ¿No? Pues entonces será Juan Irady... ¿El Hornero?...

La cocinera citaba los nombres de los guías más acreditados de Aigues-Vives, los que ofrecían el brazo á las jóvenes que á ellos se confiaban en los pasos difíciles ó les turbaban la conciencia entre dos glaciares.

- No es ninguno de esos, contestó Jacobita. Mi guía es Silverio Montguillem.

- ¿El descendiente de papudos?... ¡Ah, muy bien!, repuso la cocinera tranquilizada; eso no es grave.

Silverio no tenía ninguna importancia para el sexo débil de Gargos, y muy bien podían confiársele las niñas al joven rústico. ¡Ah, sí, santos Angeles! De un individuo como aquél, que no era hombre ni mujer y que tenía en la barba menos pelo que Poupotte, nada debía temerse.

Y la cocinera calculó que una linda joven como Jacobita era tan incapaz también de experimentar sensación alguna en presencia de aquel mozo, como el arroyo de Aigues-Vives de ir á dar una vuelta por el pico de Montmirailh.

Así es que no se opuso en nada á los proyectos de la señorita.

Al día siguiente la joven se levantó muy temprano, vistió su traje del convento, muy sencillo, de lana azul, púsose una toca de piel, calzóse sus botinas claveteadas, guardó varios víveres en un morral, y salió para dirigirse á la gruta de Gargos.

- ¿A qué hora volverá usted, señorita?, preguntó la cocinera.

- No lo sé, Poupotte.

- ¿Será antes de mediodía?

- ¡Oh, no!

- Recuerde usted las recomendaciones del señor cura, y no vaya al pueblo de Aigues-Vives.

- ¡No tenga usted cuidado!

- Y no se acerque usted á los precipicios. ¡Cuidado con romperse algún hueso! ¡No beba usted tampoco agua helada!

Poupotte era prudente, y antes de permitir á la joven marcharse, quería informarla acerca de los peligros del camino.

- ¡Ah, se me olvidaba!, gritó, volviendo á llamar á la joven. ¡Cuidado con las víboras!

La cocinera no tuvo más que decir, y habiéndose asegurado de que Jacobita iba á reunirse con Silverio Montguillem y no con otro, volvió al presbiterio y desplumó por cuenta propia el pollo que tenía permiso para ofrecer á la señorita aquel día.

Había mucha niebla y no se veían los objetos á cien metros de distancia, presentando un color gris. Jacobita encontró á Silverio en el umbral de la gruta, y desde lejos le dió alegremente los buenos días.

- ¡Está usted magnífico!, exclamó.

El joven llevaba su traje de guía completo, pantalón y chaqueta corta de azul celeste.

- Venga usted, dijo Jacobita después de mirarle con marcada complacencia, voy á quitarle á usted esa venda que le afea demasiado.

Cinco minutos después había desaparecido el turbante de la vispera.

- Un centímetro cuadrado de tafetán sobre la frente será cuanto pueda necesitarse hoy, dijo la joven. ¡Qué desgracia, mañana ya no habrá nada que hacer!..

Y con su diminuta mano, que exhalaba el perfume de la oxiacanta en flor, tapó con los cabellos del montañés la pequeña cicatriz.

El joven se sonrojó un poco al sentir el contacto de aquella mano ligera que le había rozado la mejilla, y Jacobita se volvió esta vez para ocultar su propio rubor.

Pero de repente gritó:

- ¡Bravo! ¡Ahí está el sol!

El astro acababa de asomar su pálida cabeza á través de la niebla amarillenta.

- ¡Marchemos pronto!, dijo Silverio. Antes de mediodía todo el cielo estará despejado.

Y puso las provisiones en su morral, ofreció un bastón forrado de hierro á Jacobita, descolgó otro para su propio uso, y anudó una larga cuerda al ronzal de su caballo.

- ¿Viene con nosotros?, preguntó la joven.

- No, contestó el guía, le ataré á una estaca en

medio del prado, y paciendo alrededor de ella, se podrá alejar lo suficiente para que no le falte alimento hasta la noche.

Los jóvenes bajaron hacia Gargos; se instaló á *Morrudo* en el prado de su amo, y después se dirigieron hacia el Mediodía por el camino de España.

- ¿Dónde vamos?, preguntó Jacobita.

- No lo sé.

Los dos apresuraron la marcha, y sus pasos resonaban en el camino; sus mejillas comenzaban á colorearse, azotadas por el viento fresco; la niebla humedecía sus pestañas; y embriagados de juventud, ra-

había sembrado en la pendiente sus fragmentos, y sobre sus restos leprosos crecían árboles, oprimiendo las piedras con sus raíces ávidas, crispadas como las garras de un buitre. Los pinabetes jóvenes elevaban sus ramas al cielo; los viejos parecían inclinar hacia la tierra sus largos brazos agrietados: avanzando en la carrera de la vida, árboles y hombres proceden de igual manera.

Jacobita y Silverio, entusiastas y juveniles, llevaban altas sus frentes radiantes mientras se adelantaban por el bosque, sintiendo en su ser una comezón confusa, la ardiente oleada de vida que el globo frater-



Y cogiendo á Jacobita, levantóla vivamente y dió un salto hacia atrás

diantes de esperanza, avanzaron juntos hacia un objeto indeterminado.

Al fin llegaron á un sitio donde el camino se bifurcaba; aquí Silverio colocó su bastón verticalmente entre las dos sendas, como si hubiera querido clavarle en el suelo, y le abandonó; cayó á la derecha, y los dos viajeros tomaron esta dirección.

Muy pronto llegaron á la orilla de un torrente.

- Este es el torrente de Ribenac, dijo el guía, como si hiciese una presentación.

- Me alegro mucho conocer á usted, Sr. Ribenac, dijo Jacobita.

Aquel torrente era encantador. ¡Cómo saltaba el agua entre las rocas, y qué duchas recibían aquellas pedregosas moles! Acá y allá, algún añoso sauce inclinaba ante aquel espectáculo su voluminosa copa, pareciendo que se retorció, ó bien se inclinaba sobre las aguas, tratando de entorpecer su paso con sus tenues ramas prolongadas.

El torrente cambiaba de aspecto después; estrechábase mucho, y Jacobita lo vió salir impetuoso de un desfiladero sombrío como un túnel. Como el camino ascendía, muy pronto se dejó oír el rumor de las aguas, que ahora estaban bajo los pies de los excursionistas, á ochenta metros de profundidad; las dos montañas entre las cuales se deslizaban, parecían ansiosas de absorberlas en sus negros pasos. Algunas veces veíase en lo alto una roca que rompiendo el suelo prolongaba su cuello fantástico, y hallábase como suspendida sobre el río, cual si quisiera saber qué había sido de él.

- Despídase usted del torrente, dijo Silverio, pues mi bastón me aconseja subir por aquí. Vamos á ver el bosque de Ribenac.

Y tomó por la derecha un sendero pedregoso que conducía á un bosque de pinabetes.

Una vez aquí, la claridad disminuyó poco á poco; los árboles parecieron más espesos y corpulentos; los tallos de sus ramas se destacaban rectos como columnas de bronce, y entre ellos veíanse moles enormes, grandes trozos de la montaña desprendidos, desde siglos antes, de alguna cumbre ruinoso. Acá y allá, alguno de ellos, mal extendido y protegiendo un poco de tierra bajo su masa, veía salir por debajo un tronco voraz de pinabete, tronco hábil que se encorvaba primero para evitar la roca, y enderezábase después, como sus hermanos, hacia el cenit. Más lejos, una de esas moles, hecha pedazos en su caída,

nal envía, así al corazón del hombre como al de la planta, el germen reparador que es la sangre del uno, la savia de la otra, y que en la primavera entreabre las flores y da nacimiento al amor.

El bosque no tenía senderos; aún no le había profanado ninguna huella humana, la naturaleza vivaz reinaba allí con toda su gravedad, su fuerza y su esplendor; los pinabetes eran colosales; las zarzas y espinos se entrelazaban con más vigor; manantiales que no se habían enturbiado nunca deslizábanse bajo flores que nadie cogería jamás; agobiados de vejez algunos se pudrían sobre sus pies vacilantes; mientras que otros, derribados por el huracán, prolongaban sobre las piedras su tronco sin corteza, asemejándose á blancos esqueletos. El volumen de los peñascos y la rapidez de las pendientes preservaban al bosque de las vías de explotación; los vegetales crecían allí libremente, tomando su parte de tierra y de luz, rodeábanse de vigorosos retoños, en cuyas verdes tribus dominaban un siglo ó dos, y después, sin conocer el hacha de los leñadores ni la escuadra de los carpinteros, morían lentamente, día por día, con la paz serena de los patriarcas, y caían de vetustez en la montaña natal.

Jamás Jacobita y Silverio habían estado tan recogidos en sí, jamás temblor alguno les había inspirado tanta piedad; no hablaron en aquel bosque solemne, porque las frases más nobles no habrían servido más que para profanar estas puras emociones, y limitáronse á cambiar una mirada, dirigiéndose hacia la cima.

Muy pronto los pinabetes comenzaron á ser más mezquinos; algunos espacios cubiertos de nieve brillaban entre las rocas desprendidas; la vegetación disminuía en las escarpaduras, y ya no se vieron más que pinos rojos, los últimos árboles de las montañas, los supremos luchadores que llevan á más altura, hacia el cielo, los colores de la tierra.

- ¿Dónde estamos?, preguntó Jacobita.

- En el Gargos; no hemos salido de él; he ahí el pico sobre nuestras cabezas.

- ¡Oh! Vamos allá.

Almorzaron bajo un pino rojo, y después prosiguieron su asensión.

Al salir de la gruta dijo Silverio:

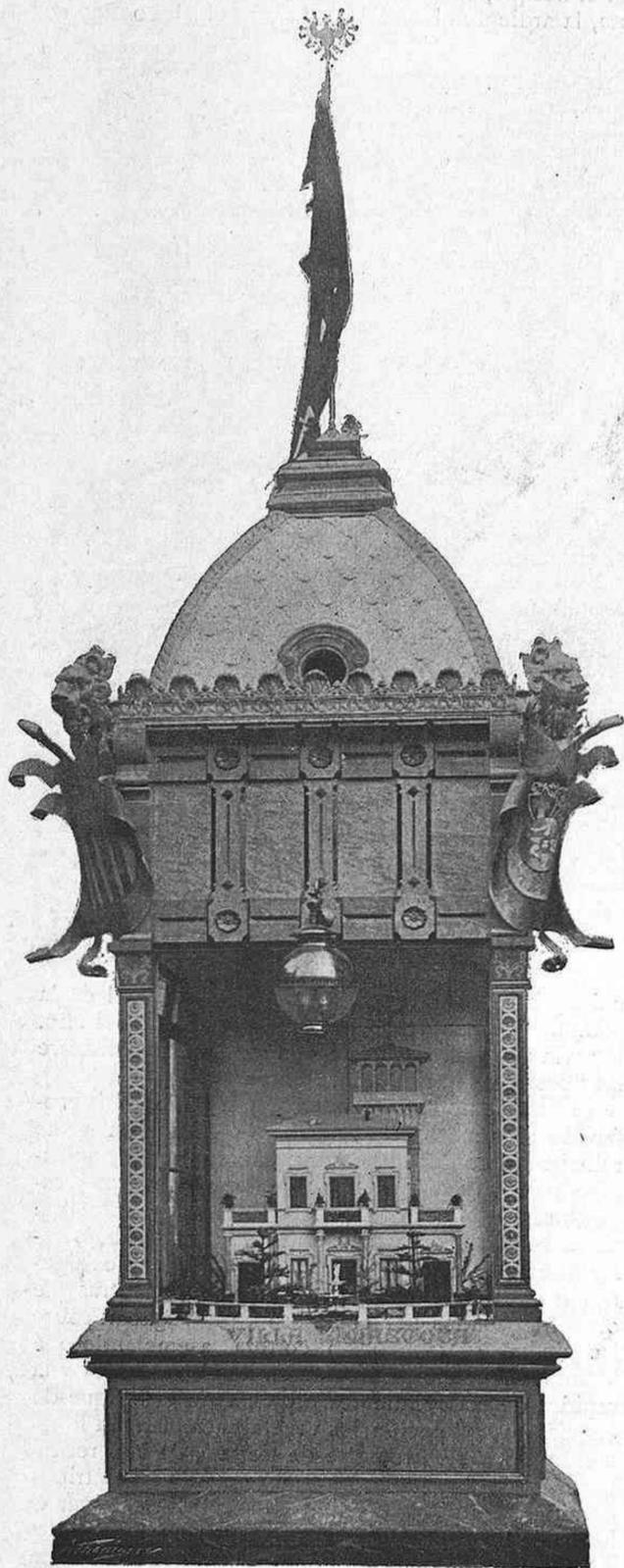
- Hubiéramos podido llegar á la cima en una hora y tres cuartos; por aquí el camino es más largo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

VILLA MASCOTA. — NUEVO DISTRIBUIDOR AUTOMÁTICO

Desde que aparecieron esos curiosos aparatos que, previo depósito de una moneda de diez céntimos, señalan el peso de la persona subida en la báscula, ó entregan un objeto, ó reproducen la imagen fotográfica del que delante de ellos se sitúa, los mecánicos y



VILLA MASCOTA, nuevo distribuidor automático, instalado en Barcelona por D. José Bataglia (de fotografía de A. Xatart)

los industriales han aguzado el ingenio para perfeccionar tales mecanismos y darles nuevas aplicaciones, siendo de esto resultado el gran número de ellos que con más ó menos fortuna se han ido instalando en las principales ciudades de España y del extranjero.

Pero de cuantos hasta ahora conocemos, que no son pocos, ninguno tan ingenioso y elegante y al propio tiempo tan original como el que reproducimos y que D. José Bataglia, de esta ciudad, ha instalado á la entrada del Paseo de Gracia, con gran regocijo de la gente menuda y aun de las personas que, formando durante todo el día compacto grupo delante del kiosco en que está instalado, no se cansan de echar monedas para darse el gusto de ver la aparición de la *Señorita Mascota*, que tal es el nombre con que ha sido bautizada la muñeca distribuidora.

Pocas palabras bastarán para describir el aparato y su modo de funcionar: dentro de un kiosco de cristales hay levantado un pequeño edificio delante del cual se extiende un lindo jardín en miniatura; si se echa una moneda de diez céntimos en la abertura

practicada en la parte delantera del kiosco, aparece por la puerta de la izquierda de la *villa* una muñequita elegantemente vestida, que describiendo un arco de círculo en el jardín, detiénese delante del espectador, y haciendo un gracioso saludo deja en manos de éste una pastilla de chocolate que lleva en una diminuta bandeja: en seguida pónese de nuevo en movimiento y desaparece por la puerta de la derecha del edificio.

El mecanismo interior es fácil de comprender en principio: la moneda al caer empuja una rueda en donde están colocadas las pastillas de chocolate; una de éstas cae por una abertura en la bandeja de la muñeca que está debajo, y á su peso pónese en acción un ingenioso sistema que imprime á la figurita el movimiento antes indicado.

Este aparato que ha sido inventado por dos obreros italianos, los Sres. Origgi y Caimi, hojalateros de oficio, ha obtenido en todas partes la mejor acogida, y en Barcelona, en donde, como hemos dicho, está instalado á la entrada de uno de nuestros mejores paseos y sin duda el más concurrido, el público no se cansa de contemplar las continuas entradas y salidas de la muñeca, verdadera *mascota* para su propietario el Sr. Bataglia, pues apenas permanece un segundo quieta, impulsada en ese continuo ir y venir por las monedas que no cesan de llover en el interior del kiosco mientras éste permanece abierto.

El éxito se comprende, pues además de la golosina que la figurita distribuye, la aparición y desaparición de ésta y sus graciosos movimientos constituyen un espectáculo bonito y entretenido. — A.

* *

MONTAÑAS CANTANTES

América, que es el país de las maravillas de la naturaleza, y en especial la del Norte, no sólo tiene montañas que surgen de improviso de la noche á la mañana, como el Jorullo en Méjico, y montes que, aunque lentamente, se ponen en movimiento, como uno que hay junto al Colombia River, sino que también ofrece á la admiración del explorador y el viajero montañas que cantan, aunque parezca patraña.

Si hemos de dar crédito al célebre naturalista inglés Darwin, que fué uno de los primeros en describir científicamente el fenómeno, hay en la República de Chile, cerca de la ciudad de Copiapó, situada en la provincia de Atacama, un monte de no muy considerable altura, al que se da en el país el nombre de *El Bramador*, á causa del grito, ó mejor dicho, del bramido sordo, pero prolongado, que parece salir de sus entrañas.

En concepto del mencionado naturalista, que durante un viaje á Chile tuvo ocasión de estudiar detenidamente *El Bramador*, el bramido debe reconocer por causa el frotamiento de los granos de arena de que está cubierto el monte, y que, al paso de las personas y de los animales y quizás también por efecto de la trepidación del suelo, resbalan sin cesar, convertidos en polvo frío, por las laderas hasta llegar á la llanura.

En medio del lago de la Pirámide, cerca de Truckee River, en el Estado de Nevada (Estados Unidos), hay también otra montaña cantante, no tan conocida, pero sin duda más curiosa que la anterior, porque si el sonido que emite no es continuo, en cambio es mucho más armonioso. Según la fuerza del viento y mediante ciertas circunstancias atmosféricas, se oye de pronto algo así como el retintín de muchas campanillas de vibraciones argentinas; el ruido va luego adquiriendo gradualmente intensidad hasta convertirse en una verdadera sinfonía, como la que producirían los bajos de un órgano, y poco después se restablece súbitamente el silencio.

Además, las grandes extensiones arenosas poseen sin duda alguna ciertas propiedades musicales bien determinadas. ¿Quién no ha oído hablar de las voces que parecen salir del desierto? El de Lobnor, en China, abunda, según afirman los viajeros, en armonías extraordinarias. El Afghanistan, la Arabia, tienen también colinas de arena movediza que producen sonidos. En Manchester-de-la-Mer, en el Estado de Massachusetts, hay lo que se llama *the singing beach*, la playa cantante, y los arenales de Eigg, en las islas Hébridas, lo propio que los de Bornholm, en Dinamarca, parecen dotados de la misma sonoridad.

* *

EL SEGUNDO SALÓN DEL CICLO

EXPOSICIÓN FRANCESA INTERNACIONAL DE VELOCIPEDIA

En enero del año pasado inauguróse en París, en la sala Wagram, el primer Salón del Ciclo, del cual

nos ocupamos en el número 633 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y que fué, en cierto modo, un ensayo de exposición velocipédica en Francia, análogo á las grandes exhibiciones inglesas el *National Show* y sobre todo el *Stanley Show*, que desde hace diez y seis años las verifica periódicamente. El éxito de aquella tentativa fué tan decisivo, que los expositores se dieron cita para fin de año en el Palacio de la Industria. En enero fueron 110; en diciembre último han sido 470, y estas dos cifras, en diez meses de distancia, dan completa idea de los progresos que de día en día realiza el ciclismo entre el público y en la industria.

El segundo Salón del Ciclo, que fué solemnemente inaugurado el día 7 de diciembre próximo pasado por M. Lourties, ministro de Comercio, ocupa toda la planta baja del citado palacio, estando una de sus secciones, la llamada de la locomoción automóvil, relegada en las frías y sombrías regiones vecinas al *restaurant*. Todas las instalaciones están decoradas con gusto y algunas con verdadero y hasta excesivo lujo, y los visitantes elogian á una el efecto curioso que produce la combinación de los colores oscuros de los cortinajes y tapices con el brillo del esmalte y los resplandores del níquel.

Peró ¿qué novedades hay expuestas?, se preguntará el lector. Cuando se ha visto la bicicleta automática de gasolina y la máquina de correr de M. Valere, se comprende que ninguna otra invención se revela en condiciones de hacer una revolución en la mecánica ciclista actual, y sale todo el mundo del Salón del Ciclo convencido de que la bicicleta de 1895 será la misma que la de 1894, algo más estudiada y acabada, muy mejorada en sus detalles, pero sin ninguna modificación fundamental.

La exposición resulta en algunas cosas divertida desde luego las miradas se fijan en dos mecanismos extraordinarios dignos de figurar en la que podría llamarse teratología ciclista. La primera (fig. 1) es la bicicleta torre Eiffel, de la casa inglesa Humber: esta monstruosidad ha venido al mundo del modo siguiente. Todos los años se verifica en Coventry una parada ciclista en la que las más inverosímiles locuras son las más celebradas. El año pasado, Mr. Philipps concibió la idea de hacer montar en una bicicleta de tres metros de alto á un hombre de buena voluntad, cubierta la cabeza con un sombrero de copa de di-

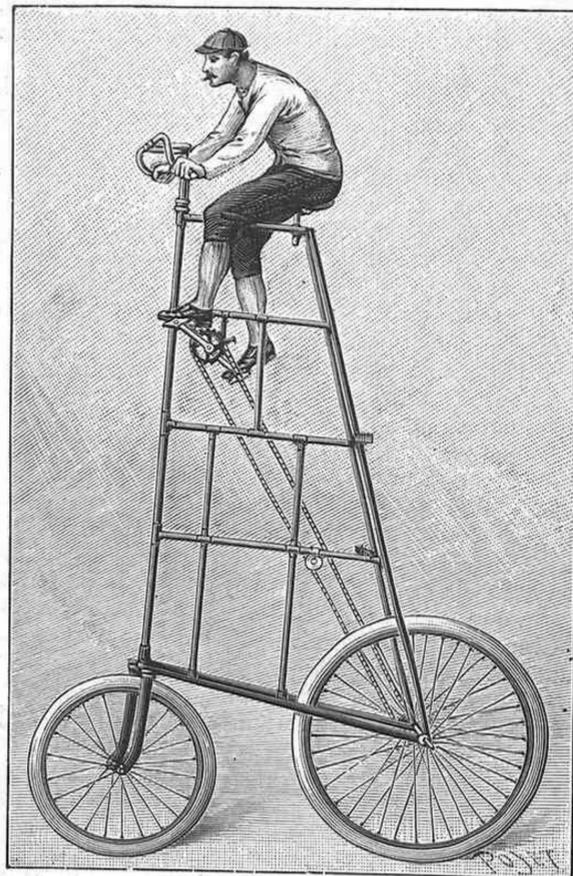


Fig. 1. — Bicicleta torre Eiffel, de 3 metros de altura (de una fotografía)

mensiones proporcionadas á las del aparato. Esta máquina fué la reina de la parada y luego se la aplicó á la publicidad, habiendo circulado encaramado en ella un *hombre-sandwich* por las calles de Londres. El peso de esta bicicleta es de 29 kilogramos; cuatro estribos conducen á la parte superior y permiten á un ciclista ágil subir y bajar sin ayuda de nadie. Cuatro placas paralelas consolidan la horquilla de la parte delantera; la rueda motriz tiene 1'10 metros y la directriz 0'80, la multiplicación de 1'70. Dícese que algunas casas de anuncios de París han compra-

do ya varios modelos de ese curioso aparato.

El segundo monstruo es también un aparato de publicidad, el triciclo impresor (fig. 2). Las ruedas traseras del aparato están provistas de llantas de forma especial que constituyen inmensos componedores circulares, en los cuales, por medio de enormes letras de caucho *ad hoc*, se componen una ó dos palabras ó una frase corta. Un depósito de tinta de color da líquido á unas almohadillas que por medio de un manubrio se ponen en contacto con la parte superior de la rueda. Finalmente, delante de cada rue-

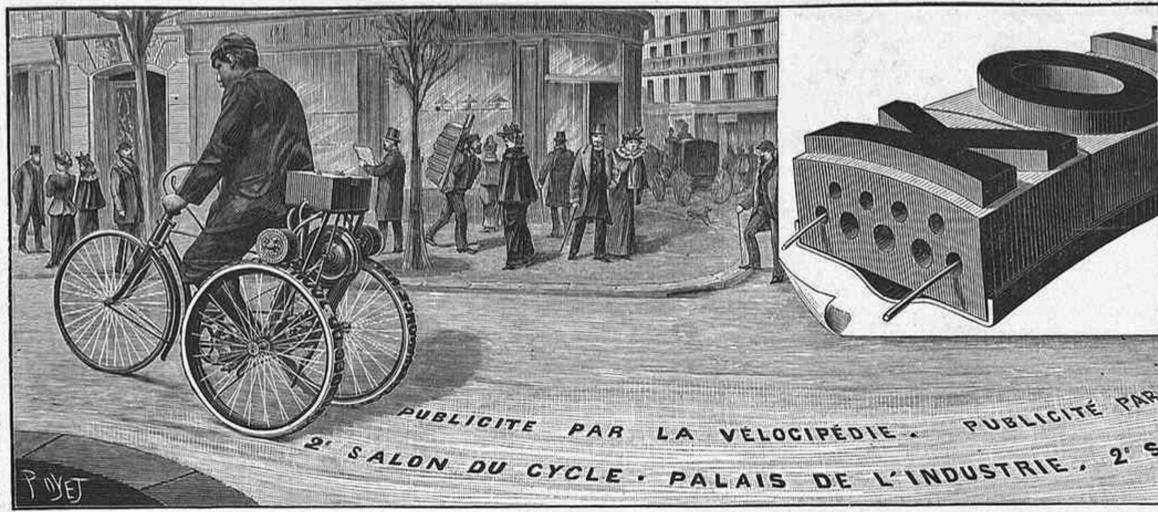


Fig. 2. Triciclo impresor de anuncios. - A la derecha detalle de las ruedas traseras

da y casi al nivel del suelo, un fuelle, alimentado por un ventilador que el triciclo hace funcionar andando, aparta el polvo y prepara á las letras una superficie limpia. El ciclista mueve los pedales, y mientras lentamente se pasea por las calles, las ruedas de su triciclo imprimen en el pavimento de madera, en el asfalto, etc., las letras ó dibujos de las llantas.

Este aparato es curioso, pero sería temerario esperar verlo funcionar en las calles importantes de las ciudades.

L. BAUDRY DE SAUNIER
(De La Nature.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{II} BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉRIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y terso.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y Cia, Vicos, 102, R. Richelieu, París.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT.
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Elegir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET y HOMOLLE
REGULARIZA LAS
EPOCAS.
IMPIDE
LOS DOLORES,
RETRASOS, SUPRESIONES, &
Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 4/50. TODAS FARMACIAS.
MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1896.

MAREO PELAGINA
RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número;
ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. No frascos, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS,
y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA. v todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 - 1872 - 1873 - 1876 - 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestiones
curados ó prevenidos.
(Rotulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Elegir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZ
Adoptados de Real orden
por el Ministerio de Marina.
Recomendados por la
Real Academia de Medicina.

CURAN inme-
diamente como nin-
gún otro remedio
empleado hasta el
día, toda clase de
Indisposiciones
del Tubo Digesti-
vo, Vómitos, Dia-
rreas de los Tisi-
cos, de los Viejos, de los Niños,
Óclera, Tifus, Disenteria, Vómitos
de las Embarazadas y de los Niños,
y del público tanto favor por sus
buenos y brillantes resultados, que
son la admiración de los enfermos.



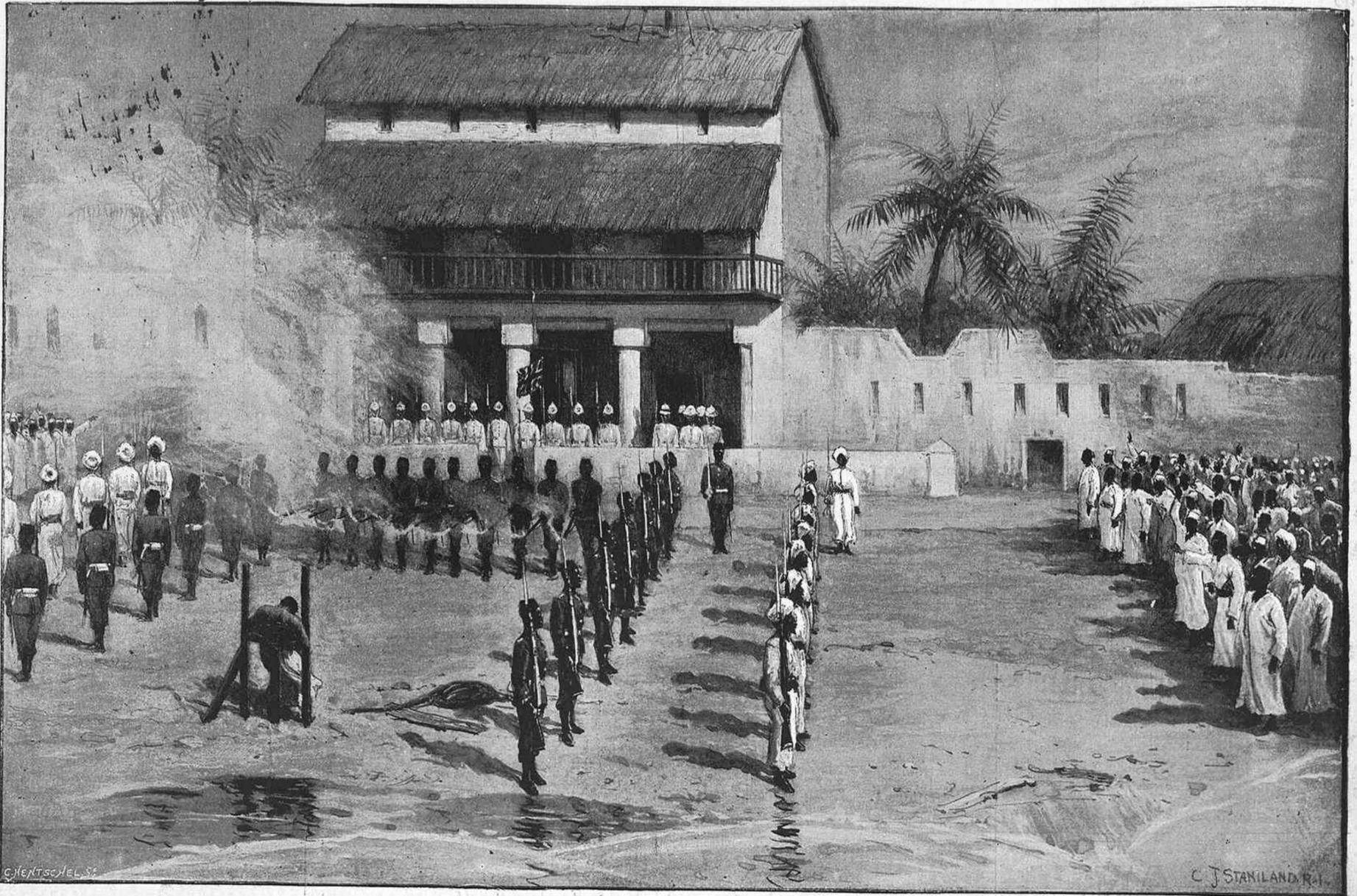
Catarros y Úlceras
del Estómago, Pi-
roxis con Eructos
Fétidos, Reumatis-
mo y Afecciones
Húmedas de la piel.
Ningún remedio al-
canzó de los médicos

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.

España, Almería, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían
muestras á quien las pida.

Pildoras y Jarabe
BLANCARD
Solucion **BLANCARD**
Comprimidos
de Exalgina
Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES,
UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo
y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de
todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la
Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la
Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre,
el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de**
Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos,
regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre
empobrecida y descolorida: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**



Ejecución de un jefe árabe en Melinda (posesiones inglesas del Este de Africa), dibujo de C. J. Staniland, tomado de un croquis del natural del teniente C. B. Kiddle

PAPEL WLINSI

Sóberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

G GÉLIS & CONTÉ Grageas al Lactato de Hierro de

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto

El mejor y mas célebre polvo de tocador

por Ch. Fay, perfumista

9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN